



SS

**SERVICIO
SECRETO**

RICHARD HARVEY
**ZONA
PROHIBIDA**

RICHARD HARVEY

Zona prohibida

1.^a EDICIÓN
MARZO - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**



por **RICHARD HARVEY**

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre que iba en el lujoso «Buick» negro suspiró de alivio al ver que estaba llegando al aeropuerto de Washington. Todo había salido a la mayor perfección. Dentro de unos minutos escasos subiría en uno de los potentes cuatrimotores de la «Reynald» y emprendería viaje camino de su misión.

Dio la vuelta al último recodo de la carretera y detuvo el automóvil a unos metros escasos de la entrada principal del aeropuerto. Tranquilamente observó los alrededores: nada. Todo estaba en orden. Algunos coches estaban estacionados junto a la acera; gente que bajaba de estos y se dirigía, con las maletas, hasta el lugar donde se declaraban los equipajes.

Nunca hubiera imaginado que un hombre de su importancia pudiese viajar de incógnito. En otra ocasión los periodistas, curiosos hasta lo indecible, le habrían acosado a preguntas y hecho infinidad de fotografías.

El misterioso ocupante del «Buick» miró su reloj. Eran las dos de la tarde. A las dos y quince exactamente el cuatrimotor se elevaría. Deseando hacer las cosas con la precisión debida, decidió esperar en el coche diez minutos. Cuando solo faltasen cinco, entraría en el aeropuerto.

Sus manos, finas y largas, bucearon en el interior de su

americana. Luego extrajo de su bolsillo interior un pasaporte, que miró sonriendo con cierta ironía. Sí, allí, en la fotografía, estaba él, y debajo el nombre, en letras muy destacadas: Eric Von Straufer, anticuario. Era un detalle curioso observar con la facilidad con que los expertos en la materia falsificaban un pasaporte, cuando detrás de ellos se escondía la mano poderosa de un Gobierno.

El viajero del «Buick» era más bien un tipo delgado, de ojos grises, nariz un tanto aguileña y el cabello canoso. Su edad oscilaría entre los cincuenta y cinco y sesenta años. Toda su persona, en conjunto, tenía un aire extraño, poderoso, sugestionador.

«Dentro de media hora —pensó— se presentará Joe aquí. Fue lo convenido de antemano. Él se encargará de llevarse el auto».

Los minutos, lentos, monótonos, fueron transcurriendo. No muy lejos se oían los característicos ruidos de los aviones, y nuevos vehículos se iban agrupando a la entrada del aeropuerto, entre los cuales se encontraban algunos autocares gigantescos que despedían infinidad de viajeros, los cuales partirían en direcciones distintas.

—La hora se acerca —balbució casi.

Y era cierto. Las saetas de su reloj marcaban, las dos y siete minutos. Ya faltaba menos para el momento decisivo. A decir verdad, se alegraba. Habían sido muchas las emociones experimentadas en los últimos días. Jamás pensó que sobre su humilde persona, dedicada siempre a la labor abnegada y silenciosa de las investigaciones científicas, recayese una responsabilidad de aquella envergadura. Bien sabe Dios que desde un principio había rechazado las proposiciones que se le hicieron; pero, al fin, después de varias negativas, no tuvo más remedio que acceder. Las graves palabras de uno de los altos jefes del Pentágono de Washington le habían convencido.

—Es usted el único capaz de realizar una labor semejante. El país se lo agradecerá —le había dicho.

Era cierto que no le habían ocultado que aquella misión secreta encerraba infinidad de peligros, y que su vida estaría en todo momento pendiente de un hilo.

Por fin fueron las dos y diez. El ocupante del «Buick» se apeó y, con paso lento, siguiendo por el borde de la acera, que se había quedado completamente desierta de gente, se dirigió a la entrada. Llevaba un abrigo negro, con la solapa levantada y un sombrero de fieltro del mismo color cubría su cabeza. Su mano izquierda sostenía una cartera de piel de cocodrilo.

En estos momentos casi se reía de las recomendaciones que le habían hecho sin cesar: «Cuidado, mucho cuidado. El enemigo, de

forma increíble, está al tanto de todos nuestros pasos. Donde menos se espera surge el peligro...» Los agentes de contraespionaje y sus jefes eran unos exagerados. Todo lo llevaban a cabo con hartazgo y esto era causa de que muchas veces, el «enemigo», como ellos decían, se enterase de todos sus movimientos. Lo mejor, en estos casos, era la naturalidad, mucha naturalidad y, además, tranquilidad.

Con estos pensamientos avanzaba el hombre que, según rezaba en su pasaporte, se llamaba Eric Von Straufer. Desgraciadamente, muy pronto, dentro de unos segundos, se iba a dar cuenta de que las recomendaciones que le habían hecho al encomendarle aquella misión no eran tan exageradas como él pensaba.

Iba casi a abandonar la acera para subir los escalones de la entrada al aeropuerto, cuando algo, de pronto, le impidió el paso. De uno de los últimos coches estacionados a lo largo de la calzada junto a la acera se había abierto la portezuela, impidiendo el paso al hombre de la cartera, que, extrañado, intentó apartarse para continuar su camino.

Luego todo ocurrió con la velocidad del rayo. En el momento de querer cerrar la portezuela que le impedía el paso, los ojos de Von Straufer tropezaron con el brillo de una pistola automática. Un hombre chato, de ojos saltones y cabello rubio, la empuñaba.

—Si aprecia su vida, cierre el pico y suba —le indicó moviendo significativamente el arma.

Von Straufer se percató enseguida de lo que sucedía. Vio, además, a dos hombres en el interior del vehículo que le amenazaban con sendas pistolas. ¡Todo estaba perdido; le habían descubierto! Rápido, sin pensar lo que pudiera sucederle, dio con la pierna un fuerte empujón a la portezuela, que se cerró con estrépito haciendo caer el arma al tipo chato, que lanzó una imprecación. Tan rápida fue aquella maniobra, tan inesperada, que los ocupantes del coche se quedaron sorprendidos de aquella reacción.

Corriendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas, Von Straufer comenzó a ascender la ancha escalinata. Pero uno de los dos hombres que había en el interior del coche, con mucha serenidad, se asomó a la ventanilla e hizo tres disparos consecutivos, mientras su cara de asesino profesional se iluminaba con una apagada sonrisa.

—No había más remedio —dijo después, volviéndose al hombre chato, y agregando, en tono autoritario—: ¡Vamos, a todo gas; esto se va a poner feo!

El cuerpo de Von Straufer se había retorcido varias veces, herido

por el mortífero plomo, antes de desplomarse al suelo y caer rodando como un fardo pesado los peldaños que había conseguido subir.

El automóvil negro de los asesinos se perdía a lo lejos cuando varios empleados y guardias del aeropuerto salieron a averiguar la causa de aquellos disparos y se encontraron con el cadáver de un hombre que tenía reflejada en su rostro la mueca más patética de la muerte inesperada.

CAPÍTULO II

El asesinato del famoso profesor Ernest Rosebary promovió una gran agitación en todo el país. Las grandes cadenas de periódicos publicaron su fotografía en primera plana, reseñando los avances que la ciencia debía a sus sabias investigaciones en el terreno de la bacteriología. En varias Universidades e Institutos científicos se evocó su figura con profunda tristeza y no se dieron clases en señal de luto.

Los periódicos de los Estados Unidos publicaron su muerte sin entrar en detalles, limitándose a decir que había sido asesinado por unas manos misteriosas cuando se dirigía a París para dar unas conferencias. Se ocultó que el profesor Ernest Rosebary, catedrático de la Universidad de Maryland, había sido vilmente muerto a balazos porque se dirigía a Europa, a un país determinado, tras el «telón de acero», con una misión especial que le había encargado el Gobierno de Washington.

Entre las personas que más sintieron la muerte del célebre profesor, figuraba William Granger, antiguo alumno de aquel y admirador entusiasta de todas sus investigaciones.

William Granger acababa de leer la noticia mientras desayunaba un vaso de café con leche y una rebanada de pan tostado embadurnada con mantequilla y azúcar. A su lado permanecía, subido en una silla y moviendo nervosamente el rabo, «Napoleón», el perro de raza Terranova.

—¡Qué bárbaros! —exclamó, no dando crédito a lo que estaba leyendo—. ¡Pobre profesor!

«Napoleón», asustado por la exclamación de su amo, empezó a ladrar furiosamente.

La vieja Nelly, que estaba en la cocina limpiando los cacharros, acudió para hacer callar al animal.

—¡Chito! A ver si quieres callar ya, «Napoleón». Con tus ladridos no hay quien pueda trabajar. ¡Pues, no parece sino que se vaya a hundir el mundo! —comentó la anciana, irrumpiendo en el comedor mientras se secaba las manos en el delantal.

William la miró significativamente.

—¿Ocurre algo? —se alarmó la pobre mujer.

—Casi nada. Ernest Rosebary, el profesor, ¿recuerdas? mi maestro, ha sido asesinado cuando se disponía a subir a un avión en

Washington.

La vieja mujer hizo con la mano la señal de la cruz.

—Que Dios le haya perdonado —dijo.

William Granger abandonó el resto del desayuno. No deseaba comer nada más. La horrible noticia le había dejado estupefacto. Recordaba a su maestro cuando allá, en la Universidad de Maryland, y más tarde en Camp Detrick, le decía luego de varias horas de trabajo:

—Somos ratas de laboratorio, Will. Nos pasamos el día mirando por los cristales del microscopio y casi nos olvidamos de que somos seres humanos —para añadir luego, con su bonachona e incansable sonrisa de investigador—: Pero gracias a nosotros, Will, la Humanidad avanza. Se curan enfermedades que hasta hace unos años se consideraban incurables, existen inyecciones que detienen el avance de la tuberculosis y se crean sueros milagrosos. No, Will, no perdemos el tiempo. Nuestros esfuerzos no siempre son vanos.

Era ahora, al enterarse de su muerte, cuando William se dio cuenta de lo mucho que debía a su maestro, hombre bueno y comprensivo, siempre dispuesto a dar ánimos o a ayudar con su larga experiencia los trabajos de los investigadores jóvenes que daban los primeros pasos en el campo de la bacteriología.

William Granger había nacido en un pueblecito de Carolina del Norte, hijo de unos campesinos ni muy ricos ni muy pobres. Había cursado estudios superiores en la Universidad de Maryland, donde más tarde tuvo ocasión de recibir lecciones del propio Ernest Rosebary, con quien le unió una gran amistad. El viejo profesor veía en Will —como él lo llamaba— a un eminente futuro investigador bacteriológico. Esta simpatía profunda, nacida entre alumno y maestro hizo que, cuando Ernest fue nombrado jefe de investigación en los laboratorios que el Estado había instalado en Camp Detrick, considerados como unos de los más importantes del Mundo, William Granger entrase a prestar sus servicios en los mismos como ayudante.

Últimamente, William había visto que su maestro estaba preocupado por algo. Un día el alumno, no pudiendo contenerse más, le preguntó:

—¿Qué le sucede, profesor?

—Nada, hijo, nada —había contestado este, esbozando una de sus características sonrisas.

Pero, días más tarde, el sabio investigador comentó como respondiendo a la pregunta anterior:

—Nunca he sido partidario de que la Ciencia trabaje para el mal.

El propio William pudo comprobar que las palabras del profesor encerraban una gran verdad. En los laboratorios de Camp Detrick se hablaba demasiado de la guerra bacteriológica, mucho más temible aunque la atómica o la de las bombas de hidrógeno, Sé hablaba también de una terrible toxina llamada «botulinus», de la cual bastarían veinticinco gramos, es decir, una cantidad insignificante, para causar la muerte a doscientos millones de personas. Como si esto fuese poco, aún existían toxinas de una potencia mayor, una de las cuales era el virus de la psitacosis, o de la llamada «fiebre del loro», del que bastarían unos gramos para infectar a 500 millones de seres humanos.

William acudió a los laboratorios de Camp Detrick y se dirigió a su despacho. Enfrascado ante el microscopio, se olvidó por completo del profesor Rosebary. Fue necesario que el reloj de pared diese doce campanadas para que el joven investigador levantara la cabeza de su trabajo y mirase hacia la puerta. Aquella era la hora en que el profesor, invariablemente, venía a cambiar impresiones con él.

Por unos instantes tuvo casi la certeza de que la puerta se abriría para dar paso al eminente sabio, pero no fue así. La puerta no se abrió. Y no se abrió porque su maestro había sido asesinado en el aeropuerto de Washington por unos criminales, que permanecían en el más completo anonimato.

Pasaron los días. Al tercero de la muerte del profesor, un ordenanza penetró en el despacho-laboratorio de William y le dijo:

—El director, desea hablar con usted, míster Granger.

El joven investigador no pudo evitar su sorpresa.

—Bueno —repuso—, dígame que ahora voy para allá.

Cuando el ordenanza se hubo retirado limpióse las manos con una toalla y abandonó la estancia. Luego de atravesar varios pasillos, enlosados de blanco y de subir en un ascensor al tercer piso, se halló ante una puerta en la que se leía: «Dirección».

No tuvo que llamar. Antes de que él llegase, la puerta se abrió de par en par. Penetró.

Detrás de una mesa se hallaba míster Hopper, el jefe principal de los laboratorios. A su lado, de pie, había un hombre vestido impecablemente y con trazas de diplomático.

—¿Me ha mandado usted llamar? —inquirió William.

—Sí —replicó Hopper, categórico—. Pase y tome asiento, por favor.

William no se hizo de rogar, y el hombre con tipo de diplomático siguió su ejemplo.

Míster Hopper tosió levemente antes de empezar a hablar. Parecía querer ordenar sus pensamientos, reflexionar sobre lo que iba a decir. Luego, presentó al hombre que estaba a su lado. Se llamaba Clark Brown y pertenecía al Departamento de contraespionaje del Pentágono de Washington. El investigador movió la cabeza saludándole y el llamado Clark esbozó una sonrisa.

—¿Qué sabe usted de la muerte del profesor Rosebary? —preguntó de pronto el Director.

William Granger se removió, inquieto, en su silla.

—Pues, lo que dicen los periódicos; que le metieron tres balas de plomo cuando iba a subir a un avión.

—¿Nada más?

—No; nada más —se extrañó William.

Míster Hopper se puso en pie y empezó a pasear con las manos a la espalda. Parecía muy preocupado.

—Le voy a hablar claro, William —dijo, al fin, deteniéndose—. Le he mandado llamar porque le necesitamos. El profesor fue asesinado por los agentes de una potencia extranjera porque se dirigía, con pasaporte falso, a Europa, con dirección a mi punto determinado situado tras el «telón de acero». Seguramente, esos hombres no tenían intención de matarle, sino de raptarlo para que «cantara» de plano. Pero el profesor debió resistirse, intentó huir, y, entonces, no tuvieron más remedio que hacer fuego contra él.

William lanzó un silbido de asombro.

—El profesor iba camino de una misión importante, a la que se ofreció voluntariamente porque sabía que con ello prestaba un gran servicio a su patria y a la Humanidad.

William sabía, o al menos intuía, que algo misterioso, inexplicable, había en torno a la muerte de su maestro. El profesor no podía tener enemigos personales porque su carácter, comprensivo y dulce, no lo permitía. Durante los tres días transcurridos, el joven investigador había pensado mucho sobre su muerte. Ahora, de improviso, estaba ante la verdad.

—Sospechaba algo de esto —dijo lentamente.

Míster Hopper volvió a sus paseos. Luego, se detuvo de nuevo.

—Le he mandado llamar —dijo— porque necesitamos a alguien que sustituya al profesor. Y en toda la institución no hay un hombre que sea más adecuado para ello que usted.

—Pero yo... —balbució William.

—Sí, usted —le interrumpió el Director—; usted es el único que estaba al corriente de los últimos avances del profesor en la bacteriología. En el mundo se prepara algo infernal. Sabemos que

detrás del «telón de acero» existen varios laboratorios destinados a preparar la guerra más cruel que conocieron los tiempos, la bacteriológica.

—Pero yo... —volvió a balbucir William.

Esta vez quien le interrumpió fue Clark Brown.

—Es usted un hombre civil y, por lo tanto, comprendemos perfectamente sus reparos. Está en su pleno derecho. Pero tenga en cuenta que esto no se lo propondríamos si esta labor pudiese realizarla el Departamento de Contraespionaje. Tenemos hombres que no vacilarían en hacerse cargo de una misión así; pero desgraciadamente, no nos sirven. Es necesario que quien lleve a cabo esta labor conozca bien el campo de la bacteriología, para que con sus propios ojos pueda estudiar con todo detalle lo que sucede.

—Pero yo... —volvió a balbucir William por tercera vez, ya que aún no comprendía demasiado lo que se pedía de él.

—Tenga en cuenta —cortó Clarck— que es el Gobierno de los Estados Unidos quien le está pidiendo este favor. Es usted libre de hacer lo que le plazca, pero piense en su maestro. Él, como usted, odiaba la guerra, y por eso aceptó el peligro. Su muerte nos ha venido a corroborar que no nos equivocamos. Los espías saben nuestros movimientos. Temen que podamos descubrir lo que se está tramando en sus laboratorios microbiológicos —al llegar aquí Clark Brown, del Departamento de contraespionaje del Pentágono de Washington, hizo una larga pausa. Luego, más calmado, agregó—: Esta noche, a las diez, iré a su casa. Allí me dirá usted lo que haya decidido.

William Granger estaba como aturdido. Eran muchas las cosas que le habían dicho en pocos momentos. Tenía que reflexionar.

—De acuerdo, Mister Brown. Esta noche sabrá usted mi decisión —y saludando con un gesto de cabeza al Director, que se limpiaba el sudor del rostro con un pañuelo, se dirigió a la salida.

En el resto de la mañana, William no pudo concentrar su atención en el trabajo. A las dos de la tarde abandonó los laboratorios.

La vieja Nelly notó que a su sobrino le ocurría algo anormal. Siempre solía charlar de sus cosas mientras duraba la comida.

—¿Te ocurre algo, hijo? —le preguntó inquieta.

—Nada Nelly —respondió el investigador.

Pero la anciana no pareció muy convencida a juzgar por el rostro que puso. Sin embargo, no quiso insistir por temor a que su sobrino se enfadase. En silencio, fue retirando los cubiertos de la mesa, siempre observada por «Napoleón», que, subido en una silla,

parecía meditar.

William tenía treinta y cinco años. Era alto y excesivamente delgado, pero de apariencia ágil y musculosa; tenía el cabello pajizo, los ojos azul oscuro, de expresión profunda, y barbilla saliente, que denotaba gran tesón y voluntad.

Su vida siempre había transcurrido en la más absoluta tranquilidad. Del trabajo a casa y de casa al trabajo. Pero él las investigaciones científicas significaban su razón de ser. Por esta causa, por este anhelo de continua superación que le consumía, nunca se había preocupado de que ya tenía edad más que suficiente para casarse y crear un hogar. Se habían cruzado mujeres en su camino, pero él no les hizo el menor caso o no llegó a enamorarse lo suficiente como para llevarlas al altar.

Dos aficiones tenía: cuidar el jardín y coleccionar sellos. Cuando salía de los laboratorios se pasaba los ratos regando las plantas o pegando sellos en su viejo álbum. De aquí que su cabeza, de pronto, ante la inesperada proposición que le habían hecho, anduviese un tanto desequilibrada.

A las ocho salió con «Napoleón» y dio una vuelta por los alrededores de Camp Detrick. Cuando regresó, a las nueve, aún no había decidido lo que iba a decirle a Míster Clarck Brown.

Durante la cena, la tía Nelly volvió a extrañarse de ver a su sobrino cabizbajo y mohíno como nunca.

—Tú no estás bien, Will.

Fue entonces, en aquel preciso momento, cuando tomó la gran resolución. Durante la última guerra estuvo trabajando en un laboratorio de Ohio, porque, según le dijeron, sus servicios eran más necesarios en retaguardia que en los frentes de batalla. Era ahora, precisamente, cuando la patria exigía de él un sacrificio, y no iba a rehusar llevarlo a cabo. La memoria del infatigable y sabio profesor Rosebary, muerto heroicamente porque «nunca había sido partidario de que la Ciencia trabajase para el mal», era un estímulo y un aliciente para su indecisión.

—Nelly, prepara mis maletas —dijo de pronto a la anciana, que lo miraba en silencio—. Voy a hacer un largo viaje y estaré fuera unos cuantos días.

La pobre señora se alarmó. Pero, al fin, a regañadientes, subió a la habitación de William. Iba un poco enfadada porque este, a su pregunta de a dónde se marchaba, había contestado con un rotundo: «Todavía no lo sé».

Tal y como había prometido, a las diez en punto, con una precisión asombrosa, se presentó Clarck Brown. Vestía un

intachable traje gris, con ligeras rayitas blancas y traía debajo del brazo una cartera de piel.

William le hizo pasar al salón. Tomaron asiento.

—¿Y bien? —inquirió enseguida Clarck.

—Acepto —dijo, decidido, el joven investigador.

Si William esperaba que su interlocutor se asombrara, se llevó el gran chasco. El alto oficial del Pentágono se limitó a sonreír complacido y a abrir la cartera que traía consigo.

—Lo esperábamos —dijo—. Aquí tiene usted el falso pasaporte, las instrucciones y todo lo concerniente a su marcha —y con mucha tranquilidad fue mostrando a William todo lo que salía de aquella cartera.

—¿Pero cómo sabía usted que yo iba a aceptar? —quiso saber William.

—¡Bah, pura intuición psicológica! Usted es de los que no se pierden una ocasión como esta así como así.

Rieron los dos hombres de buena gana. La conversación se prolongó por espacio de hora y media. Cuando ya se disponía a partir Clarck Brown, sacó de su bolsillo una pieza metálica. Se trataba de un pequeño loro pintado de azul, de aluminio.

—Sobre todo, William, no pierda esto —le recomendó el oficial—. Es algo que le servirá de mucho para ponerse en contacto con el agente de Weitzen.

—Sí, pero cómo sabré yo...

—Usted no debe preocuparse de nada. Solo de salir del país sin que le conviertan en una criba, como le ocurrió al profesor. Por eso me han destacado a mí desde Washington, ya que hubiese sido muy peligroso que usted marchara allí a recibir instrucciones.

William acompañó a Clarck hasta la puerta.

—Le deseo mucha suerte —dijo el oficial del Pentágono, estrechando efusivamente la mano del investigador.

—Gracias —contestó este, mientras su mirada se dirigía al loro azul metálico que Clark Brown le había entregado.

CAPÍTULO III

La «Posada del Soviet» era el mejor hotel de Waitzen. Su dueño se llamaba Otto Wuch y había servido en las filas de Hitler con el grado de teniente. Durante la guerra, y a causa de una granada, perdió el brazo izquierdo; a pesar de todo era un tipo con mirada cobardona y cuyo cuerpo se agitaba constantemente por un temblorcillo especial muy desagradable. Sin embargo, tenía buen carácter para tratar con los clientes y su hotel era el más concurrido de la población por este motivo y, también, por ser el único que disponía a todas horas de agua caliente.

La mayoría de los huéspedes que pasaban por el hotel eran transeúntes que no permanecían más de unos días en Waitzen, generalmente camino de Budapest, que no se hallaba muy lejos. Pero aun así había unas pocas personas que tenían allí su residencia fija, y a las que Otto Wuch trataba con mucho esmero, pues es de quienes obtenía mayores ganancias.

La mayor parte del día se la pasaba detrás del mostrador, repasando voluminosos libros de cuentas, al lado del encargado del registro. El húngaro era un tipo de estatura mediana, cuadrado, con el cabello negro y un enorme bigotazo, que hacía evocar la apuesta figura de los tiosos cosacos de las estepas. Sus ojos eran también negros, pequeños y saltones, hasta el punto de que continuamente se movían de un lado para otro, como si fuesen los de una ardilla.

De pronto, Otto Wuch levantó su vista del libro y miró hacia la puerta.

—¡Oh, *kamerad*! Natacha Ivanova! —exclamó jubiloso, saliendo de detrás del mostrador y yendo al encuentro de la joven que acababa de entrar.

—¡Salud! —respondió por todo saludo la tal Natacha, dejando una maleta en el suelo.

Natacha Ivanova era una mujer hermosa; pero con una dejadez, un abandono tan grande en su vestir y en su peinado, que todo lo que tenía de bella quedaba oculto por aquel descuido tan indiferente. Vestía una gabardina blanca, y el cabello, rubio, le caía suelto por la espalda; su rostro era perfecto, con ojos azules, brillantes, rasgados. Su nariz, un poquito respingona, pero graciosa, y sus labios, de firme trazo, insinuantes y carnosos. Unos zapatos de tacón plano, sin gracia alguna y unas medias marrón oscuro de

grueso punto de lana, remataban su figura. En la cabeza llevaba una boina negra, inclinada sobre la frente, por dónde se escapaba un mechón de pelo.

—¡Oh, Natacha! —seguía hablando Otto Wuch, incansable—. Esta casa está como muerta desde que tú te marchaste. Los huéspedes se quejan de tu ausencia. Muchos me preguntan por ti. ¡Oh, Natacha Ivanova, la mujer más firme e inteligente de este pueblo...! —y cambiando el tono de voz, insinuante, agregó—: ¿Cómo te han probado estas vacaciones? ¿Te has divertido lejos de Hungría?

—¡Basta, camarada Wuch! —se enfadó la mujer—. Tu lengua se mueve con la rapidez de un áspid. Deseas saber demasiado. Eres muy curioso. El día menos pensado, camarada, te molerán a palos por indiscreto. Modérate...

El dueño del hotel no pudo contener una carcajada. Había comprendido lo que Natacha quería darle a entender. Y era cierto. Debía de tener mucho cuidado, andar con pies de plomo, si quería continuar en el mundo de los vivos.

—¡Eh, Miguel! —gritó.

No tardó en presentarse un muchacho.

—Lleva la maleta de la camarada Ivanova a su habitación —le ordenó Otto.

Pero, enseguida, la muchacha se abalanzó sobre la maleta y se la arrebató a Miguel, que ya se la llevaba.

—¡No! —exclamó—. Ya la llevaré yo —y mirando duramente al dueño del hotel, agregó—: ¿Has olvidado que yo no necesito de servilismos, camarada?

Sumamente impresionado Otto Wuch, se disculpó cómo pudo, diciendo que lo había hecho sin querer, para darle facilidades.

Fue precisamente en aquel momento cuando Natacha Ivanova miró hacia la puerta, furiosa. Lo que sus ojos vieron la llenaron de una indignación inaudita. Acababa de entrar en el hotel un tipo alto, excesivamente delgado, con aspecto de inglés, que vestía un traje de gales y gorra color ceniza. Detrás de él, cargados con enormes maletas, venían tres mozos, que iban sudorosos por el esfuerzo realizado desde la estación hasta el hotel.

Natacha Ivanova se apartó de Otto y se dirigió hacia el recién llegado. Cuando estuvo frente a él comenzó a gritarle en ruso, por espacio de más de dos minutos. Luego, como si con aquello se hubiese desahogado, lanzó una mirada despectiva, de profundo odio, al recién llegado y volvió sobre sus pasos. Cogió la maleta, con una fuerza digna de admiración, volvió a lanzar otra mirada de

desprecio al forastero y se perdió escaleras arriba en busca de su habitación.

Otto Wuch había presenciado, temblando, la escena. No le hubiese agradado que el forastero, ante aquel recibimiento, se fuese en busca de otro hospedaje. Reconciliador, se acercó al hombre alto.

—¿Qué ha dicho esa mujer? —preguntó este al dueño.

Otto Wuch se deshizo en explicaciones. Pero el hombre con tipo de inglés no pareció muy convencido.

—Si no me dice la verdad, amigo —dijo en tono grave, severo—, me marchó a otro hotel.

—¡Oh, señor, no tiene importancia! Natacha Ivanova es una polaca tan impulsiva como todas; debe disculparla. Se ha enfurecido al ver que usted venía con las manos en los bolsillos, mientras que estos tres hombres llevaban las maletas. Natacha odia el servilismo. Ella cree que todo lo que uno pueda hacer por sí mismo no debe permitir que lo hagan los demás, y que, en definitiva, esas maletas las tenía que haber traído usted solo.

—¿Sí?... ¡Vaya, hombre!

—Es una obcecación, señor; pero no haga caso. La «Posada del Soviet» es el mejor alojamiento de Waitzen. Hay agua caliente, teléfono, y unas doncellas muy cariñosas para que atiendan con todo esmero a los huéspedes...

—¿Qué insultos me ha dirigido? —cortó de pronto el recién llegado.

Otto Wuch puso el rostro compungido.

—¡Bah, señor; tonterías!

—Deseo saberlas. Y piense que si no me las dice, no me quedará aquí.

Aunque a regañadientes, Otto no tuvo más remedio que decir la verdad.

—Le ha llamado, señor: burgués occidental; ha dicho que usted es uno de los enemigos de la verdadera justicia y que es, además, uno de esos hombres capitalistas que se pasan el día sentados en un sofá leyendo novelas francesas y bebiendo esas porquerías— ¡perdón, señor! —que llaman «cocktails», mientras que los demás, sus subordinados, le van llenando, poco a poco, la cuenta corriente del Banco.

—¿Eso ha sido todo?

—Sí, señor; excepto que, al final, le ha llamado «jirafa de salón».

El hombre alto no pudo contener una estruendosa carcajada. Luego, se volvió y pagó espléndidamente a los tres hombres que le habían traído las maletas, quienes por unos momentos habían

temido por la suerte que podían correr las propinas.

Los tres hombres, al ver lo exagerado del pago, se fueron alejando haciendo profundas reverencias y no pudiendo apenas contener su alegría.

—Esa mujer hubiese preferido que esos hombres no se ganaran el jornal, ¿verdad? —inquirió, encarándose de nuevo a Otto.

—Pues, sí; algo así hubiese querido ella.

Otto llevó al forastero hacia el piso de arriba y le mostró su habitación. No era lujosa, ni mucho menos, pero sí muy limpia, moderna y acogedora. Tenía una cama de metal dorado, dos sillas, un sofá, tres butacas a su alrededor, y una mesita de noche, sobre la cual había un teléfono. Antes de llegar a la habitación había como una especie de antesala, con una mesa de despacho, una silla y otro teléfono. En la pared de la antesala, detrás de la mesa, se destacaba el retrato, en grandes proporciones, del Soviet Supremo.

Ya se iba a retirar Otto cuando el forastero le preguntó, de pronto:

—¿Quién es esa mujer que hace unos instantes me ha insultado?

El dueño del hotel parecía molesto al tener que dar aquellas explicaciones.

—Natacha Ivanova es doctora en Ciencias Microbiológicas, señor. Trabaja muy cerca de aquí, en el «kilómetro 3», en un laboratorio de investigaciones. Ivanova es muy inteligente y estudió en Berlín, al lado de eminentes profesores.

La cara del forastero se contrajo ligeramente al oír esto.

Al quedarse solo, una sonrisa irónica se dibujó en sus labios. Estaba fatigado, exhausto. El viaje desde Maryland había sido titánico, agotador. Sin embargo, no podía quejarse. El primer objetivo, que era el de no despertar sospechas y atravesar el «telón de acero», estaba plenamente logrado.

William Granger —que no era otro el forastero— se dijo que ahora, una vez en Hungría, su principal papel era conseguir aclimatarsé, dar la impresión completa de la falsa personalidad que representaba. Según rezaba en el pasaporte que le había facilitado Clarck Brown, el oficial del Pentágono, su nombre, mientras permaneciera en terreno húngaro, sería el de Christian Froien, de nacionalidad noruega, y el móvil del viaje: pintar. A esto le ayudarían mucho sus conocimientos de pintura, arte al que se había dedicado con gran afición antes de darle la manía de coleccionar sellos.

Tranquilamente, se quitó la ropa. Mientras lo hacía pensó en la joven que hacía unos instantes le había injuriado tan duramente en

el vestíbulo. Lamentaba lo sucedido. De haber sabido que a Natacha Ivanova iba a desagradarle que sus maletas las llevaran los mozos, las hubiera llevado él solo, aun a riesgo de herniarse. El dueño del hotel había dicho que Natacha Ivanova trabajaba cerca de Weitzen, en el «Kilómetro 3», como doctora en un laboratorio de investigaciones científicas. La amistad con aquella muchacha le hubiese sido sumamente interesante.

William Granger pasó toda la tarde durmiendo. En sueños estuvo hablando con la vieja Nelly y acariciando la cabeza de «Napoleón». Cuando despertó eran más de las nueve. Entonces, se dio cuenta de que no estaba en Camp Detrick, sino en Hungría, un país para él ingrato y desconocido, y que no se encontraba allí por capricho precisamente.

En pocos minutos se vistió y bajó al comedor, que se hallaba muy concurrido. Casi todas las mesas estaban ocupadas. En un rincón había una desierta. Allí se acomodó.

—¿Qué le sirvo? —preguntó un camarero.

William leyó la carta y pidió un poco de sopa, patatas fritas con carne, huevos y una botella de vino. Luego, se entretuvo en observar el comedor y la gente allí congregada.

Tratábase de una sala amplia, con enormes ventanas que miraban hacia el interior de Waitzen. Cortinas rojas, de fino terciopelo, pendían por los lados de estas y por las paredes. Las gentes eran, en su mayoría, hombres, aunque también había mujeres, y algunas muy elegantes, aunque de una elegancia personal, innata, desprovista de exhibicionismo, pues ninguna lucía ostentosas joyas, limitándose, a lo sumo, a llevar simples pendientes o collares de bisutería.

El camarero le sirvió la cena. Iba William a empezar a comer cuando sus ojos tropezaron con el rostro de un hombre que no le era desconocido.

—¿Dónde he visto yo a ese tipo? —se preguntó, algo preocupado.

William miró con cierto descaro al hombre que, dos mesas más allá, se entretenía en cortar un bistec. Se trataba de una persona más bien alta, de rostro un tanto enjuto y ojos pequeños y escrutadores. Tendría unos cuarenta años, aunque también podía tener cuarenta y cinco.

Sin perder de vista al extraño personaje, William dio comienzo a su cena. Mientras tanto, daba vueltas a su cabeza, repitiéndose constantemente la misma pregunta: «¿Dónde he visto a ese tipo?». Exprimió su cerebro como si fuese un limón; y, al fin en la estación

de Waitzen, al bajar del tren. Se había acercado a él y le había pedido fuego. Después se lo encontró a la salida de la estación, hablando con el conductor de un taxi.

Lo que llamaba poderosamente la atención de William no era la coincidencia de aquellos encuentros, tan simples como casuales, sino la forma en que aquel hombre le observaba. ¿Habrían descubierto ya en la ablación su llegada? ¿Estarían en antecedentes de su falsa personalidad? ¿Sospecharían, acaso, cuál era la misión que le habían encargado en Washington? Estas preguntas, junto con otras muchas parecidas, se dieron cita en su mente. Él estaba muy despistado en todo a cuanto política internacional se refiere, pero había oído hablar mucho de lo bien organizada que tiene Rusia su red de policía secreta y lo poco que tardaban en caer en manos de esta los espías que operaban tras el «telón de acero».

Aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir terminó de cenar.

—¿Le gusta el hotel, señor Froien? —preguntó alguien a su lado.

William se volvió. Era Otto Wuch, el de los enormes bigotazos, quien le hacía esta pregunta.

—Sí; todo es muy agradable.

—¿No se ha enfadado usted por lo de esta mañana, señor?

—Pues, un poco; pero ya casi lo he olvidado —comentó de mala gana el americano sin perder de vista al hombre que le espiaba. Luego, aprovechando la circunstancia, quiso informarse acerca de la doctora—. Por lo visto, esa señorita odia la sociedad. No la veo en el comedor.

—Es que acaba de llegar de Moscú. Está muy cansada. Ha pedido que le suban la cena a su cuarto.

Otto Wuch se alejó luego para charlar con otros clientes.

A William, el recuerdo de la original Natacha Ivanova le hizo esbozar una sonrisa. Se puso en pie y llamó a un camarero, entregándole un billete.

—Oiga —le dijo—; haga el favor de subir un ramo de flores a la señorita Ivanova.

—¿Quién las envía? —quiso averiguar el camarero.

El americano volvió a sonreír.

—Ponga en la tarjeta lo siguiente: «Del señor jirafa de salón».

El camarero miró a William con cierta desconfianza, como dudando de su sano juicio. Pero como el encargo estaba suficientemente bien pagado dio media vuelta y se alejó a cumplirlo.

Echando una última ojeada al tipo que le vigilaba, salió a la calle. La noche estaba muy húmeda y una densa niebla rodeaba las

farolas de un halo misterioso. No tenía ganas de andar, pero quería ver si el extraño individuo seguía sus pasos. Quería tener la seguridad de si había sido descubierto o no. El recuerdo del profesor Rosebary lo tenía en todo momento presente. Si los asesinos de su maestro habían tenido la osadía de actuar en tierra extranjera, ¿qué no sería en su propia casa?

Anduvo por una anchurosa avenida bordeada de altos tilos. Las tiendas estaban cerradas, pero la luz de los escaparates iluminaba trechos de la calzada. Luego, torció por una de las calles que partían de la avenida y se metió por una callejuela, completamente desierta. Hasta aquel momento había tenido la sensación de que nadie le seguía. Fue entonces cuando oyó las pisadas de un hombre, que retumbaron sordamente sobre los adoquines. William comprendió enseguida que alguien iba tras él.

Se detuvo y se ocultó en un portal. Pero entonces las pisadas cesaron. Volvió a andar, a paso ligero, y las extrañas pisadas volvieron a oírse.

William vio frente a él las luces rojas de una sala de fiestas: «La Veleta», decía un rótulo con grandes letras. Decidido, penetró en el local. En una amplia sala, en la que había muchos soldados alrededor de las mesas. Bailaban. El ambiente estaba cargado de humo y olía mal. Algunas personas parecían borrachas.

El americano se acercó al bar y pidió una copita de coñac. Una de las mujeres que allí había, de aspecto nada recomendable se acercó a él. Parecía joven, aunque su rostro estaba demacrado a causa del vicio y la bebida.

—*Ich liebe!*² —exclamó, cogiéndose de un brazo de William, que se removió intranquilo.

El investigador le dijo a la muchacha, en alemán, que la invitaba a beber, pero que se marchase enseguida porque estaba cansado. La mujer, que tenía el cabello rubio intenso, agradeció con grandes risotadas y caricias el ofrecimiento de William, quien, ajeno a todo, miraba ansiosamente el espejo que había en la pared del mostrador, esperando ver aparecer en el local de un momento a otro al hombre que le seguía. Pero no fue así.

El *yanki* se desprendió cómo pudo de la mujer rubia y salió de nuevo a la calle. Todo estaba desierto.

Con paso acelerado volvió a introducirse en la callejuela en dirección a la avenida. Sus oídos no percibieron de momento ningún ruido. Hizo la mitad del trayecto tranquilamente; pero a partir de entonces, de pronto, volvió a oír los pasos torturadores.

«¡Me han descubierto!», se dijo.

Y de nuevo, se escondió en el hueco de un portal. Con gran alegría advirtió que los pasos seguían acercándose. Dentro de unos segundos aquel hombre pasaría, por su lado y entonces... ¡ah, saldría de una vez para siempre de dudas! Todavía estaba a tiempo de abandonar Weitzen si los agentes soviéticos le habían descubierto.

Con los nervios en tensión se dispuso a atacar. Pasaron todavía unos segundos de horrible espera. Luego, todo sucedió con la velocidad del rayo. Ágilmente, William se abalanzó sobre su seguidor y le derribó al suelo, propinándole varios manotazos sobre el rostro.

—¿Qué quieres? —rugió Granger en alemán, fuera de sí.

El hombre intentó detener el alud de golpes que se le venía encima, consiguiéndolo a medias. Cuando recobró el aliento, exclamó con el más puro acento *yanki*:

—¡Basta, amigo, por favor!

William se quedó estupefacto al oír hablar a aquel hombre en su propio idioma. Dejó de golpearle, pero continuó aprisionándolo con sus brazos. Sabía que los agentes soviéticos están muy bien preparados y saben varios idiomas.

—¿Dime por qué me seguías?

—Si me deja que meta la mano en mi bolsillo se lo diré.

Como era natural, William se negó a ello, sin antes tomar las debidas precauciones. Cautelosamente, palpó sus bolsillos y no encontró ningún arma en ellos. Levantóse y dejó que hiciese lo mismo aquel hombre. Este, al verse libre, respiró profundamente, intentando recuperarse. Luego, sacó de un bolsillo interior de la americana algo que mostró a la luz de una farola.

—¡Un loro azul! —exclamó el investigador, jubiloso.

—Claro, amigo, un loro azul.

William extrajo también el suyo, que llevaba siempre consigo, y lo comparó con el otro: eran iguales, completamente idénticos. Se trataba del agente de que había hecho mención Clarck Brown.

Los dos hombres se miraron en silencio unos instantes y, luego, comenzaron a reír.

Peter Thompson, de Nueva York, nacido en el corazón de Brooklyn, y desde hace tres años agregado al servicio de contraespionaje militar del Pentágono de Washington —se presentó.

—Yo me llamo William Granger, nacido en Duck, un pueblecito de Carolina del Norte, que ni siquiera está en el mapa. Investigador bacteriológico de los laboratorios de Camp Detrick y, ahora, por azares de la vida, agente de contraespionaje norteamericano.

Ambos, se estrecharon la mano como si se conociesen de toda la vida.

CAPÍTULO IV

William había salido aquella mañana muy temprano de la «Posada del Soviet» con los útiles de pintar, que ya traía de Budapest para fingir mejor el papel del falso pintor.

Anduvo por la carretera que partía de Waitzen hasta el «Kilómetro 3», lugar donde, según había dicho Otto Wuch, estaba empleada Natacha Ivanova. Su intención era, desde luego, explorar los alrededores de los laboratorios para ver cuál era su aspecto exterior y la vigilancia que tenían.

Sus vaticinios fueron ciertos. Al llegar al «Kilómetro 3» pudo ver un gran edificio que constaba de tres plantas y estaba enclavado entre las faldas de dos montañas, pobladas de verdes y frondosos pinos. Una alta cerca metálica rodeaba todo el edificio, al que solo se podía entrar por una puerta de hierro que casi tocaba con la carretera. En cada extremo de la cerca había una caseta con su respectivo centinela comunista, armado hasta los dientes con modernos fusiles-ametralladoras.

Acercóse a la valla desde un sitio del que podía dominar todo el edificio, que no estaba muy alejado de la carretera, y procedió a armar al caballete. Luego sacó el lienzo blanco, los tubos de óleo, la paleta y los pinceles. Detenidamente fue estudiando las posibilidades que podían tenerse para entrar allí, y comprendió que la empresa sería muy difícil y peligrosa, por no decir imposible.

William había convenido con Peter la noche anterior ir al «Kilómetro 3» para hacerse cargo de la situación y estudiar el terreno a pleno día, ya que la «excursión» tendría que hacerse amparados por las sombras de una noche sin luna.

Llevaba como cosa de treinta minutos en aquel lugar cuando, de pronto, uno de los centinelas que había en la entrada se adelantó hacia él.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó secamente.

William hubiese contestado, ante la grosería de aquel hombre, que hacía lo que le daba la gana; pero supo contenerse a tiempo porque se dio cuenta de que no estaba en Norteamérica.

—Pintar —contestó—; ya lo ve usted.

—Le aconsejo que se retire; esta es zona militar.

—Hombre, no creo que por venir a pintar cometa ningún delito.

El soldado comunista, que era gordo y rojo como un pimientó,

miró con cierta torpe curiosidad los apuntes que había hecho William con carboncillo.

—¿Y qué quiere pintar?

—El paisaje; desde aquí se divisa un panorama precioso, soldado. Los colores, el aire, la luz y la Naturaleza se abrazan en un eterno éxtasis.

—¡Hum! —gruñó el soldado, sin comprender demasiado lo que el investigador había querido decirle—. Creo que si solo pinta la montaña no habrá peligro de que continúe usted aquí. De todas maneras, se lo comunicaré al sargento Precov.

El centinela se acercó a la entrada de los laboratorios. Allí estuvo hablando con alguien que tenía el grado de sargento, el tal Precov que había mencionado.

Segundos más tarde, el soldado rojo como un pimiento y el sargento Precov se acercaban al americano, que ya empezaba a cansarse de que le importunasen.

—Documentos, señor —exigió el sargento, demostrando un poco más de educación que su subordinado y mirando con cierta apreciación de valores los apuntes que William había trazado en el lienzo.

El investigador no se hizo de rogar.

—Aquí los tiene —dijo, mostrando su pasaporte.

—Christian Froten, noruego, pintor... —leyó el sargento, y viendo que todo estaba en orden sonrió ampliamente, agregando—: Puede seguir pintando, señor. Le ruego perdone esta intromisión. Pero corren tiempos muy malos. A mí me gusta mucho el arte. De joven hice alguna cosilla... Buenos días, señor.

El sargento Precov, con su diminuta y ágil figura, se alejó hacia la entrada, seguido muy de cerca por el obeso centinela. William quedó estupefacto ante la amabilidad y educación de aquel hombre, que contrastaba con la grosería del soldado.

—Está visto —comentó— que no hay regla sin excepción.

Como ya había examinado perfectamente el edificio y sus alrededores, se entregó de lleno a dar las primeras pinceladas en el lienzo. A las diez, aproximadamente, vio acercarse a lo lejos un moderno automóvil, que hizo sonar varias veces su claxon como anunciando su llegada. De que el personaje que venía en el auto no era un cualquiera se convenció el americano al ver cómo todos los centinelas, con el sargento y un oficial a la cabeza, se alineaban a la entrada en actitud de firmes.

William estaba muy ajeno a que dentro de unos instantes se iba a llevar la sorpresa más grande de su vida. Enfrascado como estaba

con los pinceles no se percató de que el automóvil se había detenido muy cerca de donde él se hallaba. Se oyó un portazo. El americano se volvió. Y cuál no sería su sorpresa al ver que la propia Natacha Ivanova se dirigía a su encuentro. Vestía como la primera vez: gabardina blanca y boina negra, ladeada como de costumbre sobre la frente.

—¡Vaya, usted por aquí! —exclamó William.

—¡Sí! —chilló casi ella—. Y he bajado del coche para decirle a usted que yo no acepto regalos de nadie, y mucho menos de un «imperialista». Si quiere permanecer tranquilo en Weitzen no se interponga en mi camino. ¿Ha comprendido?

El americano esbozó una sonrisa.

—Claro, guapa. Pero no creo que esté prohibido en Hungría mandar flores a una chica tan hermosa.

—Lo que usted hizo la otra noche fue una grosería. La tarjeta decía una incongruencia de muy mal gusto.

—¡Bah! Si lo dice usted por lo de «jirafa de salón», tenga en cuenta que la culpa no es mía. El primer día, sin conocerme siquiera, ya se tomó la libertad de insultarme.

Natacha Ivanova tenía el rostro encendido, tanto era su furor; pero William no se inmutó lo más mínimo.

—Si le insulté —dijo ella acaloradamente —fue porque usted se presentó con tres mozos para que le llevarsen las maletas. Eso, ahora, no puede ocurrir, el nivel del hombre ha subido en estos últimos tiempos y nuestro siglo ya no conoce la esclavitud.

—Pues aquellos hombres se sintieron muy felices de poder ganar algún dinero. Mi opinión es que todos tenemos derecho a ganarnos la vida.

—¡Bah, con usted es imposible llegar a entenderse! ¡Todos los «imperialistas» son lo mismo...!

—Yo quisiera saber por qué me llama usted imperialista —se molestó William—. Soy noruego, de Oslo, y no tengo nada que ver con los norteamericanos.

—¡Entonces será usted hijo de algún judío! —Y cuando la muchacha se disponía a retirarse, se tropezó con el hombre que acababa de bajar del vehículo.

Se trataba de un tipo corpulento, grande, cuadrado y calvo por completo. La expresión de su rostro, acentuada por unos ojos penetrantes color de acero, parecía sugerir, escrutar lo más hondos recovecos de quien mirase. Vestía abrigo negro y llevaba en una mano bastón con empuñadura de plata. Toda su persona irradiaba un aire de completo autodomínio.

—¿Sucede algo? —preguntó con voz dulce y suave a Natacha.

La muchacha, en aquellos momentos, hubiese jodido decir que William la había molestado, pero no lo hizo. En su interior pensaba que quizá había exagerado algo.

—No, comisario —contestó la doctora.

—¡Ah, bueno!

Y Basilio Korpanof, comisario político de Budapest, luego de mirar detenidamente al americano, se entretuvo en observar el cuadro que este pintaba.

—No está mal —comentó—; pero yo opino que, desde aquí, tan pegado a la cerca de los laboratorios, no puede usted tomar con todo detalle el panorama que quiere plasmar en el lienzo.

William también miró con mucha curiosidad al hombre que se había acercado, y no tuvo más remedio que reconocer que su aspecto le impresionó hondamente y que aquel individuo, que parecía tener tanta importancia, debía ser implacable con sus enemigos.

—Eso, señor, depende del punto de vista —repuso el americano—. Yo, desde aquí, capto mejor las sensaciones ópticas.

El comisario, sonriendo, quiso saber:

—Es usted forastero en Waitzen, ¿verdad?

—Sí; acabo de llegar.

—¿Inglés?

—No; soy noruego, de Oslo —y deseando poner término a aquella escena verdaderamente engorrosa, volvió a sacar su pasaporte—. Tenga, estoy seguro de que terminará usted pidiéndomelo.

Basilio Korpanof soltó una carcajada, pero no por eso dejó de mirar, muy superficialmente, la documentación.

—¡Bah, no hacía falta! He dicho que usted era inglés porque su aspecto me lo parece —y cambiando el tono de voz y mirando a Natacha, que observaba silenciosa, agregó—: Me llena de admiración que usted, que acaba de llegar a Waitzen, tenga el honor de conocer personalmente a la sublime e inteligente Natacha.

A la investigadora no parecieron hacerle mucha gracia las palabras del comisario.

—Sí, pero nos conocimos de una manera muy «especial», camarada Korpanof —y recalcó lo de «especial» con marcada intención.

Segundes más tarde, el comisario político y la muchacha volvieron a subir al auto, que se puso en marcha y penetró, con todos los honores del cuerpo de guardia, en la explanada que

precedía a los laboratorios.

Temiendo ser molestado de nuevo, y como ya había visto todo lo que tenía que ver, William cogió los útiles de pintar y se alejó de allí. Pensaba hacer el recorrido andando hasta la población. Durante el camino fue pensando en aquel hombre que se llamaba Korpanof y que, al parecer, era un pez gordo de Budapest. Luego, pensó también en la original Natacha Ivanova. Indudablemente, que de haber querido la investigadora, de haberle dicho al comisario algo malo referente a él, no habría sido nada extraño que le hubiesen detenido.

Por fin, llegó a la «Posada del Soviet». Saludó a Otto Wuch, que se hallaba, como siempre, tras el mostrador, y penetró en el comedor. Tenía mucho apetito y pensaba comer de lo lindo. Al atravesar el pasillo que iba del vestíbulo al comedor, tropezó con alguien: el propio Peter Thompson en persona. Su compatriota no le miró siquiera al rostro, pero William notó que este le ponía un trozo de papel en la mano.

Sentado cómodamente ante una mesa, el investigador, por debajo del mantel, leyó lo siguiente:

«Acuda esta noche, a las once, a la calle de Lenin, número 4. Se trata de un almacén de maderas. Cuando le pregunten qué desea, conteste, simplemente: la fiebre del loro, las puertas, al oír esta contraseña, se le abrirán de par en par».

Y comprendiendo que los acontecimientos importantes se avecinaban, William se hizo servir un estupendo almuerzo, pensando que quizá no podría, en lo sucesivo, comer con aquella tranquilidad.



Vicente

—Brindemos por el conde Tolstoi.

CAPÍTULO V

La calle de Lenin estaba en la parte Sur de Waitzen. Era estrecha, sucia y maloliente. La luz mortecina que se desprendía de algunas farolas iluminaba los contornos viejos y ruinosos de las casas, dándoles un aspecto triste y misterioso. Algunos gatos escarbaban en las basuras, buscando ávidamente los desperdicios con que aumentarse.

William llegó a las once, tal y como le había indicado Peter en su nota. Buscó con la vista el número 4, que, afortunadamente, no le fue muy difícil hallar por estar la numeración de la calle pintada de blanco. Se encontró ante una gran puerta de madera, claveteada por gruesos clavos de hierro. Asió con la mano el picaporte y llamó. Pasaron unos segundos de silencio. Luego, se oyeron pasos. Alguien, desde dentro, inquirió:

—¿Qué desea?

—La fiebre del loro —respondió el americano, siguiendo la indicación de Peter.

Quien había hecho la pregunta debió sentirse muy satisfecho de la respuesta.

—Un momento, por favor.

Se oyó descorrer de cerrojos, ruido de pestillos. William no tuvo por menos que evocar en su mente las enormes puertas de los castillos medievales, con las que aquella tenía mucho parecido. Al fin, se abrió. Un hombre viejo, con espesa barba, y que sostenía en la mano un farol, se destacó en el umbral.

—Buenas noches, señor.

—No, no muy buenas, amigo —sonrió el anciano—. Está cayendo una niebla que se mete en los huesos. Pase, pase; lo están aguardando.

William fue siguiendo al extraño viejo a través de un amplio recinto repleto de tablones de madera. En el centro del mismo había una aserradora eléctrica. Bajaron después por una estrecha escalerilla, iluminada muy deficientemente. En aquel cuarto se hallaba Peter Thompson, quien se dirigió al encuentro del investigador saludándole efusivamente.

—¡Hola, William! Le estábamos esperando.

Peter presentó al joven investigador a las tres personas que allí se encontraban. Había una mujer, natural de Weitzen, que trabajaba

en los ficheros del laboratorio. Esta era de altura más que mediana y tendría unos cuarenta años. Su aspecto era enfermizo, débil, y unas amplias ojeras orlaban sus ojos, dándole apariencia desagradable. Con todo, su voz y el brillo que despedía su mirada, ayudaban a darle una simpatía muy personal. Se llamaba Margarita Debreczen.

—Mucho gusto, señor —dijo Margarita, estrechándole la mano.

Después, Peter, presentó a Fritz Kuger, hombre cuadrado, pequeñito, que tenía un rostro de rasgos muy interesantes y que fumaba en pipa. Fritz se levantó de la silla e hizo lo mismo que Margarita.

—Tanto gusto, señor.

Fritz Kuger era hijo del viejo que había abierto la puerta a William y dueño del almacén de maderas y su aserradero. El amo del almacén, el viejo Kuger, había tenido dos hijos más, que fueron hechos prisioneros al ser ocupada Hungría y deportados más tarde a Siberia, donde perecieron a causa del frío irresistible, según rezaba el parte que el jefe de la prisión había mandado al anciano comunicándole su muerte.

William tomó asiento alrededor de la mesa, un poco asombrado de que Peter contase con la eficaz ayuda de aquellas gentes y que iban a colaborar con él. El padre de Fritz, entonces, le sirvió un vaso de vino.

Peter comenzó a hablar, dirigiéndose especialmente hacia el joven investigador.

—Estoy seguro de que se habrá extrañado usted de que en Weitzen tenga estas relaciones, pero la cosa no es demasiado difícil de explicar. En Hungría hay muchas familias cuyos corazones sangran por un descontento general, que vieron como la guerra les dejaba sin padres, sin hermanos, sin bienes. El odio de estas personas, el ansia de libertad que los consume, y de venganza, además, hace que nosotros ahora, contemos con la ayuda de Fritz Kuger, de su padre y de la señora Debreczen, quien le explicará por qué se ha decidido a prestarnos su colaboración.

Margarita sintióse algo molesta al tener que recordar cosas tan dolorosas; pero, al fin, tomando aliento, comenzó a hablar, aunque con un tono tan bajo que se hacía muy difícil oírla:

—Vivíamos felices. Yo trabajaba en los laboratorios del «Kilómetro 3», y era la encargada —actualmente lo soy aún— del registro de entradas y salidas de mercancías. Mi esposo pertenecía al partido revolucionario húngaro. Todo iba perfectamente, hasta que un día... ¡Oh, fue terrible!... Federico tuvo que efectuar,

acompañado de varios policías, un registro en casa de un canónigo que vivía en un pueblecito cercano a Budapest. Llevaba orden de apresar al religioso si hallaba en su casa documentos comprometedores. Federico llevó a cabo el registro, secundado por sus hombres. El cura, un anciano casi de setenta años, delgado y con el rostro cubierto de arrugas, miraba, tembloroso, la escena. Federico sintió, de pronto, una piedad profunda por aquel anciano, y él mismo se encargó de buscar en los lugares donde podían esconderse los papeles comprometedores.

—¿Y encontró algo que perjudicara al sacerdote? —interrumpió William interesado en el relato.

Margarita Debreczen hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, desgraciadamente. En un cajón de su mesa de trabajo, mi esposo encontró el borrador de un artículo en el que se atacaba, con mucha suavidad, la injusticia del encarcelamiento del Cardenal Mindzenski, que en aquellos días acaparaba la atención del mundo entero. Mi esposo hizo un rullo con el papel, le prendió fuego y encendió con él un cigarrillo. El anciano eclesiástico, cuando Federico se alejaba con sus hombres, trazó en el aire la señal de la cruz, bendiciendo su acción. Al segundo día de haber sucedido aquello, a media noche, un tal comisario Korpanof y varios agentes se llevaban detenido a Federico. Jamás volví a saber nada de él. Seguramente fue llevado a Siberia y luego, como tantos otros, condenado a muerte.

Un profundo y prolongado silencio siguió a las palabras de Margarita. Fue ella misma quien lo rompió para agregar:

—Es por esto, señores, que estoy dispuesta a ayudarles en cuanto sea preciso. No me importa morir si con ello consigo vengar a mi esposo.

—Hungría está llena de seres que sufren en silencio, señor William —comentó el anciano Kuger.

El americano pareció muy satisfecho de aquellas personas. Luego, se puso en pie y encendió un cigarrillo.

—Señores, como ustedes sabrán, me envía el Gobierno de Washington para que haga ciertas averiguaciones en los laboratorios que hay a tres kilómetros de esta población. Mi Gobierno sabe, o mejor dicho, intuye, que algo gordo, terriblemente cruel, se está tramando tras el «telón de acero»: la guerra bacteriológica. Necesito entrar en los laboratorios y darme cuenta por mí mismo de todo, coger algunas muestras de las terribles toxinas y tomar cuantos apuntes sean necesarios. Estoy seguro de que en esos laboratorios se trabaja sobre este terreno. La seguridad

de lo que digo he tenido ocasión de comprobarla esta mañana. Un simple centro de investigaciones científicas no está jamás guardado como si fuese un polvorín. Es necesario que sepamos hasta qué punto han llegado en sus trabajos de experimentación.

—Tiene usted razón, señor William —aprobó la señora Debreczen—. Yo no sé mucho de Bacteriología, porque mi cometido es otro, pero sí puedo afirmar que las investigaciones se llevan a cabo con el mayor secreto por eminentes profesores de Moscú, y que, incluso a mí, me está terminantemente prohibido penetrar en las salas de experimentación.

Peter intervino:

—Ahora, se trata de convenir el día y la hora H en que llevaremos a cabo la «excursión».

William se pasó la mano por la barbilla, cual si reflexionara.

—¿Han pensado ustedes cómo podremos entrar en los laboratorios?

—Sí, desde luego —aclaró Fritz Kuger—. La cosa por ese lado se presenta fácil, está completamente resuelta. Yo poseo un camión de recogida de basuras. Cada semana, los viernes, a las diez de la noche, voy a los laboratorios. Usted —dijo, señalando al investigador— y el señor Peter irán dentro del vehículo, entre los desperdicios. En cuanto a entrar, respondo yo. Lo demás, el resto, ya es harina de otro costal.

—Y usted, señora Debreczen, ¿cuál es el cometido que tiene?

La viuda se explicó:

—El día que ustedes piensen ir —dijo—, yo les estaré aguardando dentro. Algunas noches, cuando hay exceso de trabajo, acostumbro a quedarme. Esto no extrañará a nadie. Yo les indicaré dónde están las salas de experimentación, y me procuraré las llaves de los despachos de los principales investigadores. Con un poco de suerte, si Dios no nos deja de su mano, todo saldrá bien.

—De acuerdo, señora —aprobó William satisfecho—. A decir verdad nunca pensé que las cosas se presentaran tan bien.

La conversación todavía se prolongó por espacio de una hora. Se concretó, definitivamente, todo lo concerniente a la «excursión». Ya se disponía a abandonar William la casa, cuando el viejo Kuger le dijo con tono apenado:

—De buena gana participaría yo también en el «paseíto», pero no puede ser. Por desgracia, soy demasiado viejo. Solo les serviría a ustedes de estorbo.

—No, padre —se negó rotundamente Fritz—. Con que vaya yo ya es suficiente.

—¿Y qué recompensa esperan ustedes por su colaboración?

—Primero —dijo Fritz—, vengar a mis dos hermanos, que fueron víctimas de unos nobles ideales, y luego, cuando todo esté realizado, conseguir la ayuda de su Gobierno para marcharnos a un país donde se pueda vivir libremente.

—¿Y usted, señora Debreczen? —inquirió el investigador.

—Yo no deseo otra cosa que evitar que el arma bacteriológica sea un peligro para la Humanidad. Todo lo hago en memoria de mi marido.

Algo emocionado, William Granger abandonó el almacén de maderas y se dirigió al hotel. No salió acompañado de Peter y la señora Debreczen porque hacerlo hubiera sido peligroso.

* * *

Sentada en el vestíbulo del hotel, en un cómodo sofá, Natacha Ivanova se entretenía en leer una revista de propaganda húngara. Esto, al menos, es lo que parecía. Pero la verdad era muy distinta. Su mente evocaba la conversación sostenida aquella mañana con el comisario político Korpanof.

—Este hombre —le había dicho el jefe— me ha sido sumamente sospechoso. ¿Qué amistad te liga a él, camarada?

—Ninguna —y acto seguido la muchacha refirió todo lo sucedido el primer día que le vio.

Basilio Korpanof se había pasado repetidas veces una mano por la barbilla; luego, como si tuviese un extraño presentimiento, le había dicho, mirándola con aquellos ojos color de acero que penetraban en lo más profundo de los sentidos:

—No estaría de más, camarada, que intentaras atraerte su amistad. Hay algo en ese hombre que no me gusta. Tiene sus papeles en regla, pero sospecho que ni es noruego ni ha venido exclusivamente a Hungría para pintar. Esto, claro, no deja de ser una simple intuición. Sin embargo, camarada Ivanova, creo que prestarías un gran servicio si intentaras introducirte en su vida privada. Aunque yo esté equivocado, esto no dejará de ser una experiencia interesante para ti.

A las palabras del comisario, Natacha se había limitado a sonreír maliciosamente. Quizá Korpanof estuviese en lo cierto al pensar aquello. Intentaría descubrir, aunque fuese valiéndose de las artimañas propias de una mujer, qué había tras aquel hombre que decía llamarse Christian Froien y que había ido a pintar, precisamente, a los alrededores del «Kilómetro 3».

Natacha había nacido en Varsovia, marchándose luego a Moscú donde cursó sus primeros estudios. Más tarde, a fin de terminar de adquirir los conocimientos que le hacían falta para convertirse en una perfecta doctora en investigación microbiológica, había marchado a Berlín, donde recibió lecciones de eminentes profesores alemanes. Huérfana de padre y madre, criada siempre en los centros benéficos de la U.R.S.S., y, por sus méritos personales, merecedora de altos estudios universitarios, a nadie le extrañará que Natacha no tuviese más vida y más amor que Rusia. Para ella, hipnotizada hasta la medula, cruelmente muerta su voluntad por los maestros que la habían formado desde niña, no existía otra luz que la que irradiaba el Partido. Ignoraba por completo los sistemas políticos y sociales de otras naciones, y para ella, fanática ciega de una causa, no había nada más perfecto y justo que la mano del Kremlin. Por estas razones no había hecho ninguna objeción cuando el comisario Korpanof le propuso que vigilase al forastero.

El vestíbulo estaba casi a oscuras. La investigadora ya empezaba a cansarse de esperar cuando, de pronto, se abrió la puerta del hotel y entró al americano. El rostro de Natacha se iluminó con una sonrisa.

Con toda la intención, la polaca se puso en pie y se dirigió a la escalera. Allí tropezó con el investigador.

—Buenas noches, señorita —dijo William al ver que ella se acercaba, aunque sin tener la más vaga esperanza de recibir respuesta.

Pero cuál no sería su asombro al ver que la muchacha, contrariamente a lo que él había supuesto, lo miraba jovial y respondía a su saludo:

—¡Salud, señor!

Por decir algo, mientras subían la escalera, William comentó:

—Esta mañana, señorita, temí por unos momentos que me denunciara al comisario porque había llegado al hotel con tres «esclavos». Me complace ver que no es usted tan mala como a primera vista parece.

Natacha no cesaba de sonreír.

—¡Bah, quizá exageré un poco! Le pido disculpe mi actitud. Todo se debe a la gran pasión que pongo en las cosas de la política.

—Una mujer no debiera meterse jamás en la sociología. Con lo bien que estaría usted con un delantal blanco, haciendo buñuelos y cuidando de sus pequeños. ¡Oh, Natacha, lo que usted necesita es casarse...!

Habían llegado a la habitación 24, que era la que ocupaba la

joven.

—¿Casarme? —se extrañó ella—. ¡Ja, ja! Yo no tengo tiempo para perder en esas cosas.

William adelantó su mano a la altura de la nariz de la muchacha y se la rozó suavemente.

—Pues debiera tenerlo, camarada. Es usted encantadora, lo que se dice un bombón.

La polaca se extrañó de la frescura de aquel hombre, y, sin despedirse siquiera, penetró en su habitación con gesto de ofendida. Sin embargo, al cerrar la puerta se llevó maquinalmente una mano a la nariz. Era la primera vez en su vida que alguien se preocupaba de ella en cuanto a mujer se refiere. A pesar suyo no pudo evitar, al verse en el espejo, una sonrisa de felicidad. Pero esta sonrisa no tardó en desaparecer, porque Natacha recordó las palabras del comisario Korpanof.

—¡Soy una estúpida! —se reprochó, mientras se acostaba, jurándose una y mil veces que había sido una tonta al dejarse ablandar por sentimientos personales.

CAPÍTULO VI

El momento decisivo, por fin, había llegado. El viernes, a las diez y media de la noche, se presentó en la calle de Lenin el «Chevrolet» de Fritz Kuger, donde ya lo aguardaban Peter y William.

—¿Listos? —inquirió Fritz mirándoles con cierto júbilo.

—En marcha —ordenó William, subiendo en la parte trasera del camión seguido de su amigo.

El viejo Kuger estaba tan emocionado como si él mismo fuese a tomar parte en la «excursión».

—Que Dios os proteja, muchachos —dijo cuando el vehículo se puso en marcha.

William y Peter viajaban entre paja y papeles. Cuando llegasen cerca de los laboratorios, ambos se tendrían que cubrir por completo, evitando así ser descubiertos caso de que a los centinelas se les ocurriese mirar dentro del camión.

—Cuando falte poco para el «Kilómetro 3», ya les avisaré —dijo Fritz.

—De acuerdo —respondió William—. En cuanto usted nos avise nos cubriremos con la paja.

Peter miró, lleno de curiosidad, hacia la cartera que el investigador llevaba en su mano.

—¿Qué lleva usted ahí, amigo?

—Tubos de ensayo. Debo poner aquí dentro cuantas muestras de las peligrosas toxinas me sea posible coger.

Además llevo unos guantes de plástico para evitar el peligro de contagio.

Hacía una noche poco apacible. En el cielo, negro como la garganta de un lobo, se encendían de cuando en cuando centelleantes relámpagos que iluminaban la carretera y los árboles que la bordeaban.

—¡Menuda nochecita se nos prepara! —gritó Fritz desde la cabina.

—Es cierto —corroboró Peter—; pero quizá sea mejor así.

Se oía con toda claridad el ruido que producía el motor del viejo «Chevrolet». La carretera no estaba en muy buenas condiciones y cada vez que las ruedas se metían en un bache, un fuerte bandazo movía bruscamente a los dos americanos.

—¿A que no sabe usted en qué estoy pensando? —inquirió de pronto Peter.

—Pues la verdad es que no me lo imagino —se extrañó el investigador.

—Pienso que precisamente en estos momentos, a estas horas, comienza la vida nocturna de Brooklyn. ¡Ah, quién pudiese estar allí!

William sonrió comprensivo.

—Sí, amigo; estamos muy lejos de nuestra patria. Yo también pienso en mi tía Nelly, y en «Napoleón».

—¿Quién es «Napoleón»?

—Un perro; un magnífico ejemplar de raza Terranova.

—¿Y la novia?

—No tengo novia —repuso William encogiéndose de hombros—. Los estudios y las investigaciones no me han dejado tiempo para que me ocupe de estas cosas.

Los dos hombres ya no dijeron nada más durante el resto del camino. Ambos parecían haber comprendido que ya se estaban acercando al punto del peligro.

—¡Cuidado! Ya estamos acercándonos al «Kilómetro 3» —advirtió Fritz—. Cúbranse con la paja.

Y así lo hicieron. En un santiamén se taparon.

Fritz Kuger vio, a lo lejos, la entrada a los laboratorios y las luces rojas que iluminaban la cerca. Momentos después el «Chevrolet» llegaba a la puerta principal. Un centinela, que llevaba un farol en la mano, avanzó hacia él.

—¡Eh! ¿Qué quieres? —gritó.

Fritz se estremeció ligeramente en su asiento; procurando dar a su voz un tono despreocupado, contestó sonriente:

—Vengo a retirar las basuras, como hago cada semana.

—Estas no son horas de eso. Tu deber, camarada, es venir a las diez, como siempre. Tu conducta se hace muy sospechosa y denota negligencia. Se lo comunicaré al sargento Precov.

El sargento tardó unos minutos en llegar, minutos que parecieron a los dos americanos, siglos. William oyó, de pronto, la voz de Precov, el mismo hombre que algunos días antes había estado hablando con él.

—Esta no es hora de venir, camarada. Por una vez te dejaré pasar, pero si vuelve a ocurrir esto no tendré más remedio que denunciar tu conducta a los jefes. Hay que seguir fielmente todas las consignas de la ordenanza.

—¿Ah, sí? ¡Bien, pues entonces, compradme un camión nuevo!

¿Es que no veís que este vehículo está como quien dice agonizando?
¿Es que puedo evitar yo, acaso, que un neumático se reviente cuando menos lo pienso?

El sargento soltó una carcajada.

—Tienes razón, camarada —dijo—. Pero no, soy yo quien debe oír tus disculpas.

Mientras el sargento y Fritz mantenían aquella conversación, un centinela, como husmeando, se había acercado a la caja del vehículo y con la bayoneta del fusil había removido la paja y los papeles. Aquel fue un gesto mecánico y desprovisto de toda sospecha por parte del soldado, pero, a Peter, la punta brillante de la bayoneta le pasó a unos tres centímetros escasos de la nariz.

La barrera que impedía el paso al camión se levantó y el vehículo pudo entrar libremente en la explanada que había antes de llegar al edificio. Luego, dio la vuelta a este y se detuvo en la parte trasera del mismo. Fritz se apeó y miró a su alrededor. Un centinela, a pocos metros de allí, daba paseos de un lado a otro. Después, Fritz subió a dónde iban los americanos y, mientras removía con una horquilla la paja, fue explicando:

—Dentro de unos momentos me acercaré a un soldado que anda muy cerca de aquí. Le pediré fuego; mientras yo hablo con él ustedes tienen que aprovechar el momento para introducirse por esa puerta que da a la izquierda del camión. ¿Me han oído ustedes?

—De acuerdo —balbució William por entre la paja.

Fritz Kuger volvió a bajar del camión y se acercó, tal como había dicho, al centinela. El momento no podía ser más decisivo.

—¿Me das lumbre, camarada? —pidió el húngaro, acercándose a aquel hombre.

El centinela se volvió hacia él algo extrañado.

—¿No sabes que está prohibido hablar a un soldado cuando está de guardia?

—Pues, no; no lo sabía...

Aunque a regañadientes, el centinela buscó entre los bolsillos de su guerrera el encendedor.

En cuanto William y Peter observaron desde el camión que Fritz acercaba su cigarrillo a la llama roja, rápidamente, con la agilidad de los lagartos, se deslizaron al suelo y llegaron hasta la puerta que les había indicado Kuger. Hasta sus oídos llegó el runruneo de unos alternadores eléctricos, que daban la impresión de que en el interior del edificio había miles y miles de moscardones. La puerta parecía estar cerrada. Sin embargo, William comprobó, satisfecho, que esta cedía al leve empujón de su mano. Margarita Debreczen, fiel a lo

convenido, había cumplido con su deber.

Avanzaron por un pasillo que tenía el suelo y las paredes revestidas de cemento «Portland». Había varias puertas que tenían letras pintadas en blanco.

«Cuando lleguen al fondo del pasillo —les había dicho la señora Debreczen—, tengan mucho cuidado. Detrás de la puerta «C» hay siempre un centinela. En la puerta «H» les aguardaré yo».

Les faltaban tres metros escasos a los americanos para llegar a la puerta detrás de la cual les aguardaba la viuda cuando, de pronto, se abrió la puerta «G» y en ella se destacó la figura corpulenta de un soldado. Debajo del brazo llevaba un fusil-ametralladora. William y Peter apenas si tuvieron tiempo de esconderse en un hueco de la pared. Se mantuvieron quietos, completamente inmóviles, sin atreverse casi a respirar. El hombre que había salido por la puerta «G» dio algunos pasos hacia el sitio donde ellos se encontraban. Luego giró sobre sus talones y comenzó a liar un cigarrillo. Parecía no tener prisa en irse de allí. Los minutos, veloces, fueron pasando. William y Peter comprendieron que debían tomar una grave resolución si querían llevar a feliz término su empresa.

Peter miró interrogadoramente a William, quien, comprendiendo el significado de aquella mirada, aprobó con la cabeza.

El investigador buscó en sus bolsillos algo con que atraer la atención del centinela; sus manos tropezaron con una caja de cerillas. Aprovechando un momento en que aquel hombre parecía abstraído en sus propias meditaciones, la lanzó a unos metros más allá de donde este se hallaba.

El centinela se estremeció alarmado y miró en todas direcciones; luego, fue a ver lo que había caído cerca de él. En aquel preciso momento Peter se decidió a actuar. Veloz como el rayo se precipitó sobre el soldado, mando este se agachaba. Al ruido de los pasos aquel quiso volverse para repeler el ataque, pero ya no tuvo tiempo porque Peter bajaba su brazo y le propinaba un fuerte golpe en la cabeza con la culata de su pistola.

—Lo siento, amigo; no había otro remedio.

William se acercó entonces y entre ambos condujeron a rastras el cuerpo inerte del soldado hasta la puerta «H», a la que no tuvieron necesidad de llamar porque esta se abrió en cuanto llegaron.

El rostro enfermizo de Margarita Debreczen, miró Interrogadoramente a los dos americanos.

—¿Lo han matado? —preguntó.

—No; una simple «anestesia» —explicó Peter, sin perder su humorismo—. Él se lo ha buscado. Se ha empeñado en que nos pasáramos la noche en el pasillo.

—Esto complica un poco las cosas, pero, ¡qué le vamos a hacer! —se lamentó la señora Debreczen—. Sin embargo, es preferible que lo amordacen bien. No podemos correr el riesgo de que vuelva en sí y dé la señal de alarma.

—Tiene usted razón corroboró Peter, procediendo neto seguido a amarrar al soldado de pies y manos, cuidando también de pasar un pañuelo por su boca.

—Este ya no dice ni pío.

—Síganme —dijo la viuda—; les conduciré al piso de arriba.

Subieron por una estrecha escalera que ascendía en forma de caracol. En el piso superior, los pasillos estaban enlosados de blanco y mucho más limpios que los corredores de la planta.

—Estos son los despachos de los profesores; todos están entreabiertos —fue indicando la señora Debreczen—. Y aquí —agregó, señalando una gran puerta metálica—, está la sala central de experimentación, con los frascos de las toxinas y varios animales, en los cuales se han practicado las inoculaciones de los microbios.

William abrió la puerta metálica y miró hacia dentro. Esparcidas en la estancia había varias incubadoras eléctricas, jaulas con conejos, monos, ratas y loros. Después, en tubos y recipientes de cristal volaban infinidad de insectos de las clases más variadas.

—Muy bien, señora —dijo Granger.

—¡Menudo criadero que tienen aquí! —exclamó, asombrado, Peter.

—Yo debo irme a los ficheros; pues si tardo demasiado pueden echarme de menos. Ahora, todo lo demás depende de ustedes.

Y la viuda se alejó, descendiendo por la escalera de caracol.

William y Peter entraron en la sala de las incubadoras. El primero dejó sobre una mesa la cartera y comenzó a sacar tubitos y frascos de cristal; luego se acercó a las jaulas y tomó apuntes en una libreta.

—¿Tardará usted mucho en hacer esto? —inquirió Thompson.

—No; cuestión de quince minutos.

—¡Arrea!

—Sí, es mucho tiempo; espero que Fritz pueda entretenerse con las basuras hasta que acabemos con este trabajo.

—Lo mismo digo. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Sí, póngase los guantes y coja uno de esos tubos.

Thompson no tardó en hacer lo que le habían dicho.

—Ahora procure que alguno de los insectos que hay en esos recipientes se introduzca en el tubo.

—¿Y no picarán? —se asustó el agente.

—No, hombre —sonrió William—. Estos bichos no pican nada más que a los guapos.

—¡Qué gracioso! —siguió la broma Peter.

El investigador se dio perfecta cuenta entonces de que en Washington no eran tontos ni mucho menos. La muerte del profesor Rosebary ya era un claro indicio de la importancia de la cosa; pero ahora, sobre el terreno, se percató William de que en Hungría estaban muy avanzados en la preparación de la guerra bacteriológica, en su carácter epidémico mortal, la duración de la incubación de las enfermedades provocadas por las toxinas, la facilidad de su incubación y, en resumen, el preparado de su cultivo en grandes cantidades.

—Parece mentira que estos insectos puedan hacer tanto mal —comentó Thompson—. Hasta da risa que nos hayan enviado a Hungría por causa de ellos.

Mientras los dos hombres trabajaban apresuradamente en la sala de las incubadoras, Fritz Kuger, siempre vigilado por el centinela que le había encendido el cigarrillo, procuraba hacer la recogida de basuras con la mayor lentitud posible. Fritz estaba contento porque veía que las cosas marchaban a las mil maravillas.

—Tienen que darse prisa, si no van a sospechar de mí —se dijo mientras echaba al camión el último montón de basura.

El centinela se acercó a Fritz.

—¿Qué, ya has acabado? —inquirió.

Fritz no pudo evitar un gesto de preocupación; pero Intentó disimular.

—Sí, camarada —confesó—; sin embargo, tengo que echar un vistazo al motor. Cuando venía para aquí hacía un ruido muy extraño.

Y, disimulando su preocupación, procedió a levantar la cubierta de aquel, siempre observado por el soldado, que parecía complacerse en torturarlo. Fritz fingió que tocaba los cables de las bujías. Mientras hacía esto observó que cinco soldados al mando del sargento Precov se introducían por la misma puerta por dónde habían desaparecido los americanos. ¡El cambio de guardia! A partir de aquel momento Fritz comenzó a sentirse realmente preocupado.

Pasaron unos minutos de angustioso silencio; luego, por la

misma entrada salió el sargento y tres soldados.

—Buscar a Fruch por todos los sitios —ordenó el sargento—. Si no aparece dad la señal de alarma y avisad al oficial de guardia.

A Fritz el corazón le golpeó duramente al oír esto, como si quisiera escapársele del pecho. ¡Si no se daban prisa, todo estaría perdido!

El sargento Precov se extrañó de ver aún allí el «Chevrolet» de Kuger, ya que otras veces este no tardaba en recoger las basuras ni la mitad del tiempo que aquella noche.

—¿Por qué no te has ido todavía? —preguntó malhumorado—. La basura, por lo que veo, ya ha sido recogida.

—Sí... sí, camarada; enseguida me voy. Es que hay una bujía que no me funciona bien —balbució Fritz—. Cuestión de unos instantes, camarada.

—Mejor será que te vayas antes de que pasen dos minutos, si es que no quieres verte mezclado en un lío —y maldiciendo horriblemente de Fritz y de su viejo camión se alejó hacia el caserón, que estaba junto a la entrada, para despertar a los demás soldados.

William y Peter oyeron de pronto pasos precipitados en los corredores y ruido de puertas que se abrían y cerraban.

—Esto se pone feo —dijo Thompson, mirando significativamente a su compañero.

—Es cierto —aprobó el investigador—. Deben ser los hombres de la guardia. No contábamos con el relevo. Quizá han notado la falta de ese centinela que hemos amordazado. ¡Vamos, rápido; hay que recoger los tubos y marcharse!

Poner los tapones a los tubitos de vidrio e introducirlos luego con todo cuidado en una caja metálica llena de algodón, que el investigador traía para el caso, fue cuestión de unos segundos. Después Granger se metió el bloc en que había tomado los apuntes, en un bolsillo, y dijo:

—¡Vamos!

Abandonaron la sala de las incubadoras y marcharon con toda rapidez hasta la escalerilla de caracol. Pero cuando ya se disponían a descender por ella, oyeron los pasos de dos soldados que subían precipitadamente, gritando de vez en cuando:

—¡Eh, Fruch!... ¿Dónde diablos estás?

William y Peter se escondieron detrás de la pared opuesta al sitio donde terminaba la escalera. Los dos soldados llegaron al piso y se precipitaron, armando un ruido enorme con sus botas claveteadas, hasta la sala de las incubadoras.

Los agentes americanos bajaron, entonces, aprovechando aquel momento. Sin embargo, la situación empeoraba por instantes. Si William creyó que no tropezarían con nuevos obstáculos, se llevó el gran chasco. Iban ya a atravesar el pasillo cubierto de cemento «porland», cuando un nuevo grupo de soldados irrumpía en él, empezando a introducirse en todas las puertas. Granger y Thompson miraron hacia la salida, sin saber qué resolución tomar. Si avanzaban, serían descubiertos, o, lo que es mucho peor, muertos a tiros; si se quedaban allí, más tarde o más temprano, también serían descubiertos.

De pronto William tuvo una idea. Procurando cambiar el tono de su voz gritó, con el más perfecto acento alemán:

—¡Aquí, amigos; en el cuarto «H» está Fruch!

La reacción de William surtió efecto. Todos a una, los soldados se precipitaron a la habitación «H», pensando que era algún compañero suyo el que había dado aquella voz. Ni que decir tiene que el momento fue aprovechado por los agentes americanos para dirigirse a la salida a toda prisa y sin tener en cuenta el ruido que producían en su precipitada huida. Uno de los hombres comunistas que habían entrado en el cuarto «H» al verlos pasar, gritó con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Mirad, por ahí van!

Pero cuando los soldados se dieron cuenta de la treta, ya era demasiado tarde, porque William y Peter llegaban en aquel preciso momento al camión. Fritz Kuger, que los aguardaba con impaciencia y que ya tenía el motor en marcha, lanzó un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios que llegáis! —exclamó—. La cosa se está poniendo muy mal.

Aún no había acabado de decir esto cuando, rompiendo el silencio de la noche y el canto de los grillos que se dejaban oír desde las cercanas montañas, la potente sirena de alarma atronó el ambiente. Granger, ágilmente, se metió en la cabina. Un soldado acababa de salir por la puerta. Peter se disponía a seguir el ejemplo de William, cuando este, alarmado, exclamó:

—¡La cartera; se me ha caído la cartera!

Thompson abrió la portezuela de la cabina y bajó a tierra, en el instante en que el vehículo empezaba a correr. El investigador no tuvo tiempo, aunque lo intentó, de impedir el acto suicida del valiente agente de contraespionaje.

La cartera del investigador había caído a tres metros escasos del camión. Peter vio cómo el soldado húngaro apuntaba hacia él con el

fusil-ametrallador; sin embargo, el agente todavía fue más rápido en sus movimientos. Con la pistola que llevaba en la mano hizo fuego dos veces. El hombre, herido mortalmente, se desplomó en tierra como un fardo. Entonces Thompson cogió la cartera del suelo y, corriendo, se precipitó hacia el vehículo. Le separaban ocho metros. Ocho metros que no podría recorrer jamás, porque el resto de los soldados acababan de salir al mando del sargento Precov y un teniente. Peter comprendió que estaba irremisiblemente perdido. Ni podía hacerles frente, ni tampoco, por otra parte, llegar hasta el camión. Diez bocas de fuego apuntaron hacia su cuerpo. Todo ocurrió en una fracción de segundo. El agente comprendió que solo podía hacer una cosa: lanzar la cartera donde iban las pruebas concluyentes de los ensayos bacteriológicos que allí se estaban llevando a cabo a William, que, sosteniendo la portezuela y casi con un pie en el estribo, le animaba impaciente, invitándole a proseguir.

—¡Iros; yo estoy perdido! —gritó Peter Thompson, lanzando por el aire con todas sus fuerzas la cartera a Granger en el preciso momento que las diez bocas de fuego escupían su mortífero plomo.

El investigador, que no cesaba de disparar, quiso bajar del camión y dirigirse en ayuda de su amigo. Pero Fritz Kuger, rudamente, le detuvo mientras pisaba con todas sus fuerzas el acelerador.

—Déjelo; desgraciadamente ya nada podemos hacer por él.

—Es cierto —dijo profundamente apenado el investigador.

Como en la entrada principal solo había tres centinelas, armados con simples fusiles, no fue muy difícil pasar ante ellos. La barrera estaba, naturalmente, echada; pero a la velocidad que corría el viejo «Chevrolet» aquello no podía ser impedimento alguno. La barrera, embestida por el parachoques, saltó echa astillas.

La sirena de los laboratorios continuaba tocando. Y como si este ruido fuese poco; en el cielo atronaban, grandes, ensordecedores, los truenos de la tormenta que se avecinaba. Una persistente llovizna comenzó a caer.

Como la carretera seguía casi en línea recta, Fritz pudo observar que eran seguidos, a lo lejos, por veloces y modernos «jeeps». Las luces de sus faros se reflejaron en el espejo retrovisor.

—Temo que conseguirán darnos alcance —dijo William viendo que perdían terreno.

—No; se me ocurre una idea —explicó Fritz deteniendo el camión y extrayendo de debajo de los asientos una lata de gasolina, a la que acto seguido quitó el tapón.

—¿Qué intenta hacer?

—Ahora lo verá usted.

Y el húngaro fue rociando el motor, la paja y parte de la carretera.

—El lugar está muy bien para una maniobra de esta clase —dijo contento de que se le hubiese ocurrido una idea semejante.

Desde luego, Kuger tenía razón, pues en aquel sitio la carretera se introducía en el corte de una pequeña montaña. Incendiar el camión y luego los arbustos que había entre este y el espacio de carretera que quedaba libre, era impedir que los comunistas llevasen a cabo la persecución.

Fritz prendió fuego a la gasolina, retirándose luego con el americano a toda velocidad. Pronto se alzó en la oscuridad de la noche una enorme fogata, y el viejo «Chevrolet» se convirtió en enorme hoguera. Todavía, mientras se alejaban a campo traviesa, oyeron los dos hombres los frenazos bruscos de los «jeep» y los gritos y las maldiciones que los perseguidores profirieron al ver que se les escapaba una presa que ya creían segura.

William y Fritz siguieron cruzando montañas, camino de Waitzen, por espacio de una hora, ya que, para dirigirse a la población, tuvieron que dar un rodeo enorme.

La tormenta, por fin, estalló furiosa. Cuando ya se veían, muy cerca, las luces de las primeras casas de Waitzen, Fritz le dijo al investigador:

—Bueno, ha llegado el momento de que nos separemos.

William comprendió que el húngaro tenía razón.

—Sí, será mejor —dijo estrechando la mano de aquel hombre que tan valientemente se había portado. Luego, como si le asaltasen unas dudas, quiso saber—: ¿Y no correrá usted peligro ahora? En los laboratorios saben que usted, cada semana, iba a recoger las basuras.

—No, porque yo hace mucho tiempo que no vivo con mi padre. Amparado por las sombras de la noche iré todos los sábados a su casa. Si usted quiere algo de mí ya sabe dónde encontrarme.

—Y ahora, ¿dónde vivirá?

—Con unos viejos amigos que tienen una granja a ocho kilómetros de Waitzen —y volviendo a estrechar la mano de William, el húngaro se perdió en medio de la lluvia torrencial.

El investigador penetró en las calles de Waitzen y, amparándose debajo de los balcones, se fue acercando al hotel. Mientras caminaba no podía evitar que su mente evocara la figura alta y enjuta del agente Peter Thompson, que había nacido en el centro de Brooklyn y que había muerto, acribillado a balazos, heroicamente,

en acto de servicio.

CAPÍTULO VII

Cuando los altos jefes de Budapest recibieron el informe redactado por el comandante de policía y el oficial mayor de Waitzen, y en vista de que en él no se explicaba muy claramente lo ocurrido en el «Kilómetro 3», decidieron en el acto enviar al comisario político Basilio Korpanof, seguros de que este, como siempre, sabría, con su aguda inteligencia y experiencia en tales casos, aclarar definitivamente la situación.

Y realmente aquello no podía ser más cierto. Aún no hacía tres horas que Korpanof había llegado a Weitzen, cuando ya empezaron los interrogatorios, las sospechas y todo lo que trae consigo la aclaración de un caso de esta índole.

Instalado en un despacho de la comisaría, con plenos poderes para actuar a su voluntad, había comenzado por reunir a los jefes de Weitzen y decirles, en términos excesivamente duros:

—¡Camaradas!... Los jefes de Budapest están muy descontentos de vosotros. Habéis mandado un informe donde no se ven claras conclusiones. Decís en él que el viernes pasado unos individuos lograron entrar en los laboratorios, que hubo un tiroteo y que uno de los hombres fue muerto por los soldados, mientras que los demás lograban huir... ¿Pero es que habéis perdido el juicio, camaradas? ¿Cómo es posible que alguien lograra burlar la vigilancia y entrar en los laboratorios ante vuestras narices? ¿Es esta la fiel manera de velar por los destinos de la patria? ¿Ignorabais, acaso, que en esos laboratorios se llevan a cabo experiencias que interesa permanezcan en el más completo misterio?... ¡Estáis fallando en el cumplimiento de vuestro deber! ¡Tened mucho cuidado en lo que os digo, camaradas...!

Ni que decir tiene que después de una bronca semejante la rectitud entre los oficiales y miembros de la policía de Waitzen se extremó a alturas insospechadas. Bastaba tan solo que el comisario diese una orden, para que fuese cumplida en el acto.

Korpanof examinó luego los objetos que habían sido hallados en el cuerpo del agente Peter Thompson. Se trataba de un paquete de cigarrillos, un encendedor, una pequeña navaja, un pasaporte a nombre de Pierre Lebroux, traductor de idiomas, nacido en Viena, y de padres franceses, y, por último, algo que hizo aparecer en los labios de Korpanof una sonrisa extraña: un loro de aluminio

pintado de azul.

—¡Bah! —exclamó—. Siempre ocurre lo mismo. ¡Pierre Lebroux, nacido en Viena y de padres franceses! ¡Mentira! Pasaporte falso, todo falso. ¿Qué tiene que ver Francia en una cosa así? —y luego, ante los ojos curiosos de sus subordinados, cogió entre sus manos la diminuta pieza que representaba a un loro, y agregó—: Esto sí que es curioso. ¿Para qué diablos llevaría ese hombre esto en sus bolsillos?

Aquella tarde Korpanof repasó la lista de las personas que en la noche se habían quedado trabajando en los laboratorios. Al llegar a la línea donde se leía: Margarita Debreczen, trazó una cruz roja. Todos habían sido citados previamente. Uno a uno desfilaron por el despacho del comisario político. Al fin le tocó el turno a la viuda, a la que Korpanof había dejado expresamente para interrogarla al final.

—Que pase Margarita Debreczen —ordenó.

La viuda penetró en el despacho sin alterarse lo más mínimo. En su rostro, enfermizo, no había la más ligera huella de emoción. Parecía tranquila, resignada, y muy segura de sí misma.

—Siéntate, camarada —indicó afablemente el comisario.

La señora Debreczen no se hizo de rogar.

—¿No te extraña que te haya dejado para interrogarte la última, camarada?

—He aprendido a no asombrarme de nada.

Los ojos color de acero, brillantes como la hoja de un cuchillo, de Korpanof, parecieron sonreír irónicamente ante las palabras de la viuda. La total calvicie daba a aquel hombre un aspecto demoníaco y cruel. Se puso en pie y comenzó a pasearse con mucha calma, mientras encendía un cigarrillo. Todos sus subordinados le temían por sus malos instintos.

—Algún empleado de los laboratorios ha facilitado la labor de esos agentes extranjeros —dijo—. Pienso averiguar, a toda costa, quién ha sido el traidor que se ha vendido al enemigo.

La viuda sonrió ampliamente.

—Me parece una cosa natural, camarada. Puedes hacer las preguntas que desees.

Korpanof se encogió de hombros. Su enorme cuerpo se estremeció de forma exagerada. Parecía una bestia. Al menos esa fue la impresión íntima que tuvo la viuda; pero una bestia con una inteligencia poco común, capaz de llegar a lo más recóndito de las almas.

—¡Bah! ¿Qué puedo preguntarte? Tú, camarada, trabajas sola en

el departamento de ficheros. Nadie te vio entrar y salir del despacho. Si es cierto que la noche del suceso estabas ahí, y que tú podías ser, por lo tanto, quien abrió las puertas de los profesores y la de la sala de incubadoras, también es cierto que otras noches, que no ocurrió nada, te quedaste a trabajar. ¿Qué puedo preguntarte? ¡Coartada! ¡Tienes una coartada digna de una novela de misterio, camarada...!

Por unos segundos la señora Debreczen se estremeció en su asiento, pero fue de una forma tan imperceptible que el comisario no pudo llegar a notarlo.

—Y si no quieres preguntarme, ¿por qué me has llamado?

Korpanof no dijo nada. Siguió paseando y fumando como si no hubiese nadie en el despacho. Sabía perfectamente su oficio. Trabajaba despacio, pero firme, seguro.

—El Partido —dijo al fin, en tono de voz suave, delicado— no debería dejar que mujeres como tú trabajen en centros oficiales. Tú, en el fondo, no eres de confianza. Tú amabas a Federico Hess, y este fue eliminado porque nos traicionó. Tú, camarada, no hablarías aunque yo te preguntase. Eres de esas personas que son capaces de morir por un ideal romántico. ¿Me equivoco?

La señora Debreczen sonrió, sin poder evitar un leve gesto de desprecio.

—Es muy probable que no te equivoques, camarada.

—¡Bah, eso ya lo sabía! —silabeó el comisario acercándose a ella, tanto que la mujer sintió sobre su rostro el cálido aliento de él—. Sin embargo, has de saber, camarada, que espero que tú misma me lo digas todo sin necesidad de recurrir a medios más «convincientes».

—¿Todo? No te entiendo...

Korpanof volvió a sus paseos. Fumaba voluptuosamente, recreándose en mirar las volutas de humo que salían de su boca. De pronto, su rostro pareció endurecerse, y los ojos color de acero despidieron chispas de fuego.

—¡Dime todo lo que sepas, camarada! —gritó exasperado.

Margarita Debreczen, como presa de un ataque histérico, sin poder contenerse, comenzó a reír sin cesar y se levantó del asiento. Ella guardaba para aquel hombre de naturaleza perversa y cruel, un odio atroz, imborrable. Y aquel odio se enfrentaba ahora con la persona de Basilio Korpanof, el hombre que, a media noche, se había llevado a su esposo para que no volviera jamás; aquel hombre que había sido la causa de su desdicha y que ahora, astutamente, se percataba de que se veía ante un enemigo.

—¿Qué quieres, que invente una historia; que diga que soy yo, en efecto, la que facilitó la labor de esos agentes extranjeros? ¡Pues te equivocas, camarada! No sé nada, y aunque lo supiera tampoco te lo diría.

Basilio Korpanof se sentó tras la mesa de despacho y pulsó un timbre. Su rostro había vuelto a ser afable, tranquilo, reposado. A su llamada no tardó en presentarse un policía uniformado, que, cuadrándose ante él, parecía esperar órdenes.

—Llévate a esta mujer. Queda, provisionalmente, detenida; deseo que sea interrogada enseguida. Avisa a los inspectores para que no descansen hasta que le saquen toda la verdad. Interrogatorio de «segundo grado». Si no habla, si no confiesa todo lo que sabe, podéis llegar al «grado tercero».

El policía saludó y dio un fuerte taconazo en el suelo; luego cogió, sin muchos miramientos, de un brazo a la viuda y se la llevó consigo.

Aún no habían pasado dos minutos de la marcha de la señora Debreczen cuando, de pronto, irrumpió en el despacho Natacha Ivanova. Sin esperar a que el comisario le diese permiso, tomó asiento; luego sacó un cigarrillo de su monedero y comenzó a fumar.

—¿Es cierto que me has mandado llamar? —inquirió.

—Sí. ¿Qué has averiguado sobre el tal Christian Froien? Es muy sospechoso que lo ocurrido en los laboratorios haya coincidido con la llegada de ese hombre a Waitzen.

Natacha no estaba, al parecer, muy de acuerdo con el comisario. Había un no sé qué de informal, de bromista y de irresponsable en aquel hombre al que ella había llamado «jirafa de salón».

—¡Bah! —exclamó desdeñosa—. Me parece que enfocar las sospechas de lo sucedido hacia ese sujeto es perder el tiempo. No he visto nada en él, en su manera de ser, que me haya llamado la atención...

—No pido tu opinión, camarada Ivanova —cortó tajante Korpanof—. ¿Qué has averiguado acerca de él?

—Todavía nada. He tenido poco tiempo. Sin embargo, siguiendo tus indicaciones, y aunque esto se aparte un poco de mi tarea investigadora, estoy procurando ganarme confianza. Dentro de unos días, quizá tan solo de unas horas, te pueda, decir algo concreto sobre ese hombre.

El comisario político dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Basta! —rugió—. Me mandan de Budapest para que aclare este asunto, y no hay tiempo que perder; es necesario obrar sin

dilación, enseguida.

La investigadora empezaba a sentirse algo molesta por el tono que empleaba el jefe.

—En este caso, camarada, ¿por qué no mandas una patrulla para que haga un minucioso registro en su habitación? Si tan seguro estás de su culpabilidad, la cosa no puede fallar.

Basilio Korpanof, que poseía un carácter polifacético digno del mayor encomio, y que tan pronto su manera de ser se volvía afable como impulsiva, volvió a serenarse. Comprendía que Ivanova no era mujer a la que pudiese dirigirse demasiado duramente.

—Claro que podía hacer que su habitación fuese registrada. Pero, ¿qué ganaría con ello? ¿Quién me dice a mí que ese hombre, caso de ser culpable, tiene en el hotel las pruebas que le condenen? En todo caso no haría otra cosa que ponerle en guardia, avisarle de que estamos al acecho. Y eso no interesa. Es necesario obrar con cautela —y llegado a este punto el comisario se levantó y se dirigió hacia Natacha, golpeándole suavemente los hombros—. Mira, mira esto —dijo sacando de un bolsillo un frasquito conteniendo pastillas blancas—; es un soporífero especial... Basta diluir una pastilla en cualquier líquido para que quien la tome entre en un estado de letargo, de inconsciencia completa, y pueda decir todas las cosas que uno desee saber.

La polaca miró con curiosidad el frasquito. Después se levantó y lo introdujo en su bolso.

—Hasta pronto, camarada comisario —dijo, mientras abría la puerta del despacho.

Korpanof se frotó las manos satisfecho. Tenía confianza ciega en Natacha Ivanova. Iba a comenzar a remover unos papeles que tenía delante cuando un hombre, sudoroso y congestionado, penetró en la estancia.

—¿Qué sucede? —inquirió Korpanof, observándole con mucha extrañeza.

El hombre no sabía cómo empezar a hablar.

—¿Dime qué pasa? —volvió a preguntar el comisario, esta vez con un tono de voz fuerte y categórico.

—La... La señora Debreczen, camarada —balbució—, acaba... acaba de fallecer mientras la interrogáramos, víctima de un colapso... El corazón le ha fallado...

—¿Y habéis averiguado algo?

—No... No ha dado tiempo.

El rostro de Korpanof se oscureció de furor.

—¡Idiotas, no servís para nada! —exclamó dando un fuerte

manotazo a los papeles, que se esparcieron por el suelo.

* * *

El comedor de la «Posada del Soviet» estaba muy concurrido, hasta el punto de que no había una mesa desocupada.

Natacha Ivanova parecía haber escogido aquel momento para su propósito. Sus ojos azules escrutaron la sala buscando a alguien. Al fin un extraño brillo los iluminó, porque acababa de encontrar lo que buscaba. Decidida, sin detenerse siquiera a reflexionar, avanzó hasta la mesa donde cenaba, abstraído por completo de todo cuanto le rodeaba, el joven americano.

—¿Le molesta que me siente a su mesa?

William Granger levantó la vista del filete de carne que comía y miró estupefacto a Natacha. Aquello era lo último que hubiese imaginado en su vida.

—Es para mí un placer y un alto honor —dijo el investigador levantándose y ofreciendo una silla a la polaca.

—Gracias, es usted muy amable —agradeció Natacha tomando asiento.

Un camarero se acercó a la joven, que después de dar una ojeada muy superficial a la carta, encargó su cena.

William se decía para sus adentros que era muy extraño que, de la noche a la mañana, Natacha hubiese dado un cambio tan radical con respecto a él. ¿Qué estaría tramando aquella mujer?

—Parece usted muy pensativo —observó la polaca, sonriendo—. Confiese que no le gusta mucho que yo me haya sentado en su mesa. Pero usted es testigo de que no hay ningún sitio libre.

El americano estaba contento de poder charlar con aquella mujer. Le gustaba su manera de ser y la gracia y el apasionamiento con que solía hablar de política, sociología y aun de asuntos de Estado.

—¿Cree usted en el amor? —preguntó de pronto el investigador.

La polaca soltó una carcajada.

—No; no tengo el gusto de conocerle —dijo.

—Ahora me lo explico todo —agregó William, poniendo rostro compungido.

—¿Qué es lo que se explica?

—Es una verdadera lástima. Usted se inmiscuye en asuntos masculinos, se apasiona por cosas que no le darán la felicidad y, en cambio, desconoce el amor. Dígame; ¿no es eso una desgracia?

Natacha no pudo contener la risa. Lo cierto era que con aquel

hombre se veía obligada a reír, aun sin tener ganas.

—¡Oh, el amor! ¡Si usted lo hubiese vivido! —y el investigador se llevó la mano al corazón con gesto apenado, exagerando la mímica—. ¿Usted sabe lo que significa, por ejemplo, estar enamorado? ¿Tener la completa seguridad de que hay un ser que, por nosotros, por nuestra salvación, estaría dispuesto a dar su propia vida?

—¡Bah, se conoce a la legua que es usted un romántico! —exclamó Natacha dando comienzo a la cena que el camarero acababa de servirle.

Durante el resto de la misma no volvieron a dirigirse la palabra.

Desde un extremo del comedor los ojos pequeños y saltones de Otto Wuch observaron atónitos la escena. Al húngaro no acababa de entrarle en la cabeza que la polaca se hubiese sentado a la misma mesa del hombre que días antes tan injustamente había insultado.

—¿Se ha enterado usted de que unos agentes extranjeros asaltaron la otra noche los laboratorios donde yo trabajo? —inquirió de improviso Natacha, esperando observar la reacción de su compañero de mesa.

Pero si la polaca esperaba que el rostro de William se alterase por aquellas palabras, debió llevarse una enorme decepción. El investigador, como si tal cosa, exclamó, incrédulo:

—¡No me diga!

—Sí, uno de los individuos que penetraron en los laboratorios fue muerto a tiros. También murió un soldado que estaba de guardia; pero los demás lograron huir.

El americano volvió a hacer un gesto de incredulidad.

—¡Quién lo iba a decir! Yo, que esperaba encontrar en Waitzen una inmensa paz para la creación de mis obras, y que el otro día, ¡válgame Dios! tuve la ocurrencia de ir a pintar por aquellos alrededores.

Natacha miró inquisitivamente a William.

—¿No le parece extraño que estos acontecimientos hayan coincidido con su llegada a esta población?

Solamente fue un instante, pero por el rostro de Granger pasó veloz una sombra. La polaca, que estaba a la expectativa, notó esta casi imperceptible impresión. Pero el investigador, rápidamente, volvió a recobrarse. Avanzó el rostro hasta Natacha y, en voz baja, como si la hiciese partícipe de alguna confidencia, le dijo:

—No se lo diga usted a nadie. He sido yo quien asaltó los laboratorios. Soy un agente americano y llevo una maleta cargada de bombas de mano por si tengo la desgracia de ser descubierto por la policía húngara. No sea tonta y vaya a denunciarme.

De nuevo la risa invadió los labios de Natacha.

—Bueno —dijo levantándose—; ya es hora de que me retire.

—La acompaño —y William también se puso en pie.

Comenzaron a subir la escalera que conducía al piso superior. El americano estaba muy preocupado por lo que la investigadora le había dicho.

—Me gustaría ver sus cuadros —dijo de pronto la polaca, insinuante.

—¡Bah! Solo tengo tres y de muy escaso valor.

—No obstante, insisto en que me gustaría verlos.

Aquella insistencia llamó la atención del americano. Parecía que Natacha Ivanova estaba esperando que él dijese: «Si quiere, ahora mismo puede verlos».

Comprendiendo que no acceder a ello no le iba a favorecer mucho, y deseando descubrir lo que tramaba aquella mujer, lo que había en el fondo de todo, dijo al fin:

—Si quiere, ahora mismo puede verlos.

—¿De verdad? —se entusiasmó ella.

—Sí. Y de paso tomaremos un poco de champaña.

Penetraron en la habitación de William, quien, luego de cerrar la puerta, fue en busca de una butaca y la llevó a la antesala para que la muchacha pudiera sentarse cómodamente. Después trajo los tres cuadros, que había pintado por las mañanas en los alrededores de Waitzen.

—No están mal —comentó la polaca.

—Ni bien tampoco —añadió el americano—. Pero lo que realmente interesa es un trago de champaña. ¿Le parece bien?

Ella movió la cabeza afirmativamente. Granger fue a la mesilla de noche y trajo la botella y dos vasos, que dejó sobre la mesa del despacho, junto a los tres lienzos. Luego los llenó. Ambos, sin dejar de observarse un solo instante, comenzaron a beber.

—¡Por la mujer más original que he conocido! —dijo, un tanto solemne, el investigador.

—Es usted muy ocurrente —agradeció ella.

Como la mesa de despacho no era demasiado grande, los lienzos estorbaban. Granger se levantó.

—Me los llevaré de aquí; están estorbando —dijo.

Y cogiéndolos, se introdujo en la habitación. En hacer aquello empleó diez segundos escasos, pero fueron suficientes para que Natacha, rápidamente, con gran habilidad, deslizara una pastilla de las que el comisario político le había entregado, en el vaso de William. Cuando el americano volvió junto a la polaca, esta seguía

en la misma postura y nada en su rostro denotaba lo que había hecho.

Natacha ignoraba, empero, que el investigador había salido con los lienzos a propósito, con la sola intención de darle tiempo a ella para que llevase a cabo su acción.

Naturalmente, William no sabía si la muchacha había o no echado alguna droga en su vaso, pero esto era cosa que no iba a tardar en averiguar. El cambio rotundo de aquella mujer respecto a él no podía ser más sospechoso.

—¿Volvemos a brindar, señor Froien? —preguntó ella invitándole.

—¡Por qué no! —exclamó jubiloso el americano, fingiendo una euforia que estaba muy lejos de sentir—. Brindemos por el conde Tolstoi —y antes de llevarse el líquido a la boca, agregó, como apesadumbrado—: ¿No le parece a usted que tiene cara de gran filántropo?

Natacha levantó la vista hacia el cuadro del escritor, pensando que quizá aquel hombre tenía razón. Cuando volvió a bajarla se encontró con que el americano tenía el vaso vacío y a unos centímetros escasos de sus labios.

La polaca, al ver aquello, lanzó un suspiro de alivio suponiendo que el investigador acababa de beberse el narcótico. Ahora todo era cuestión de esperar unos segundos para que la droga hiciese su efecto, Miró al hombre con atención, y en su rostro apareció el brillo del triunfo. Luego, a los pocos instantes, observó contenta cómo Granger, mientras hallaba sin cesar, comenzaba a dar ligeras cabezadas como si estuviera a punto de dormirse.

—¡Caray! —balbució—. Parece que me ha entrado sueño...

—Debe ser el champaña, señor Froien.

—Sí... debe ser eso...

El americano se desabrochó el cuello de la camisa y se recostó, fatigado, exhausto, en el rescaldo de la silla.

Fue entonces cuando Natacha Ivanova perdió por completo todo el aire afable que hasta entonces había tenido. Se levantó y, luego de lanzar una mirada a William, se dirigió a la habitación y comenzó a registrar en los cajones del armario, en la mesilla de noche, y en todas partes. Su rostro había adquirido una expresión dura, enigmática. Buscaba con avidez y removía la ropa de un lado para otro, ajena por completo a que el americano, sonriendo irónicamente, de pie en la entrada, la miraba hacer.

—¿No encuentra lo que busca?

—¡Ah! —gritó horrorízala Natacha, llevándose las manos a la

boca con gesto desesperado.

Granger, en el preciso instante que la polaca había levantado los ojos hacia el retrato de Tolstoi, dejó caer el champaña de su vaso al suelo, que como tenía una gruesa alfombra no hizo el menor ruido.

—Mire que es usted terca —dijo el investigador tomando la cosa a broma—. ¡A quién se le ocurre ponerme una droga en el vaso! ¿No es una pena que usted me trate así? —y avanzando hacia ella la cogió por los hombros y acercó sus labios a los de Natacha, que luchó desesperadamente por librarse, pero no lo consiguió, porque los brazos de William parecían dos tenazas de hierro.

Cuando la mujer se vio libre lanzó al americano una mirada de recriminación, de odio inmenso, que este no olvidaría mientras viviese.

—¡Es usted un canalla! —exclamó furiosamente y con los ojos arrasados de lágrimas.

—No, se equivoca usted, Natacha —y el rostro de Granger pareció ensombrecerse—. Lo que ocurre es que me he enamorado de usted sin poderlo remediar, y me da una gran pena que nuestro amor no pueda nunca ser realidad porque lo separa una muralla de hielo.

La polaca quiso decir algo, pero no lo hizo. Rápidamente abrió la puerta y se marchó.

CAPÍTULO VIII

William tenía la completa seguridad de que su presencia en Waitzen había suscitado sospechas y que quizá sus pasos fuesen vigilados de ahora en adelante. Buena prueba de ello era la farsa representada por Natacha Ivanova, al poner una droga en su copa de champaña.

Comprendiendo que de un momento a otro podían hacer un registro en su habitación y descubrir la cartera de piel donde guardaba los tubos de vidrio con los insectos y las toxinas cogidas en los laboratorios, William decidió que aquella misma noche iría a la calle de Lenin. Recordaba perfectamente que Fritz le había dicho que si quería ponerse en contacto con él debía ir los sábados al almacén de maderas. Sí, iría al aserradero y hablaría con el húngaro.

La primera «excursión» a los laboratorios del «Kilómetro 3», donde encontró la muerte el heroico Peter Thompson, no había sido un fracaso completo, pero tampoco un triunfo. Era necesario volver, acabar de concretar aquellos datos que tanta falta le estaban haciendo para redactar luego el informe que entregaría a los altos jefes del Pentágono de Washington. Esperaba contar con la colaboración del húngaro, pero de no ser así él solo llevaría a cabo aquella misión. Las cosas se estaban poniendo mal y antes de que empeorasen aún más, había que terminar el trabajo que le llevara a Waitzen.

A las diez y media, Granger se encontró en la estrecha, sucia y maloliente calle de Lenin. Como siempre, la luz mortecina que se desprendía de las farolas iluminaba los contornos ruinosos de las casas, dándoles un aspecto triste y misterioso. Llamó a la gran puerta claveteada con gruesos clavos de hierro. Y no parecía sino que el viejo Kuger le estaba aguardando.

—¿Quién es? —preguntó el anciano enseguida, desde dentro.

—La fiebre del loro —respondió el investigador.

La gran puerta se abrió. El dueño del almacén de maderas sostenía en su mano un farol de petróleo.

—Pase, hijo, pase.

William siguió al viejo a través del amplio almacén. Cuando llegaron al cuarto donde se habían reunido por primera vez, Granger pudo ver el rostro, de rasgos sobresalientes, de Fritz Kuger.

El húngaro levantóse de la silla y casi se abrazó al americano; parecía contento de que se vieran de nuevo. Fritz, en los días pasados, se había dejado crecer la barba y su aspecto denotaba una enorme transformación. Según explicó el húngaro, cuando se sentaron los tres alrededor de la mesa, la barba se la había dejado crecer para pasar más desapercibido.

—En la granja de mis amigos —fue explicando Fritz— estoy estupendamente. Nadie sospecha de mí; nadie me ha preguntado nada. Cada mañana, antes de que aparezca el sol por entre las montañas, para no aburrirme, me voy con ellos al campo y les ayudo en sus tareas. Son buena gente.

El investigador se complació de que no hubiesen recaído sospechas sobre Fritz, pues aquello habría sido fatal y desastroso.

—Me alegro de que todo haya ido bien —dijo el americano—. Yo, sin embargo, no puedo decir lo mismo —y en pocas palabras contó lo sucedido con Natacha Ivanova, uno de los principales investigadores de los laboratorios, que había intentado ganarse su confianza y poner una droga en su vaso de champaña.

Al enterarse de aquello, la mirada del viejo Kuger pareció ensombrecerse y también la de su hijo.

—Eso es que sospechan de usted, hijo mío —comentó apesadumbrado el dueño del almacén.

—Sí, es muy probable —afirmó Fritz—. Aunque a mí no me ha sucedido nada tengo que dar muy malas noticias. Antes de llegar aquí esta noche, he pasado por la fonda donde vivía Margarita Debreczen. La patrona me ha dicho que fue detenida y llevada a la comisaría para un interrogatorio. La señora Debreczen, amigo William, que estaba muy delicada de salud, murió mientras la interrogaban.

El americano no daba crédito a lo que había oído.

—¡Es increíble! —se horrorizó.

—Sí, pero desgraciadamente es cierto. Y no es eso lo peor. Lo peor es que, en vista de lo sucedido en los laboratorios, han enviado desde Budapest a un hombre que va a darnos mucho trabajo: el comisario político Korpanof.

Fue entonces cuando el americano se dio cuenta de que todo, por fin, tenía una clara explicación: el interrogatorio de la señora Debreczen y la conducta extraña, inverosímil y fuera de lógica de Natacha Ivanova, que parecía obrar siguiendo un mandato oculto. La mente del investigador evocó la figura corpulenta, grande, cuadrada y calva por completo de aquel cruel comisario cuya mirada, brillante como el acero, parecía desnudar las almas. Desde

luego, Fritz tenía mucha razón al decir que aquel hombre les iba a dar mucho que hacer.

—Dado como se presentan las cosas —dijo William—, es necesario poner fin a este trabajo y huir de Waitzen cuanto antes. Hay que volver a los laboratorios; estoy seguro de que esto es casi imposible, una empresa suicida, pero no hay más remedio. Yo no puedo irme sin acabar lo que ya está empezado —y haciendo una larga pausa, agregó con acento algo patético—: Señor Fritz, yo no puedo obligarle a que me ayude. Volveré solo a los laboratorios.

El húngaro esbozó una sonrisa al mismo tiempo que, como si no hubiese oído las palabras del americano, lanzaba tranquilamente amplias bocanadas de humo, gustando con fruición el sabor a nicotina que desprendía su tosca pipa.

—¡Está usted loco! —exclamó—. Volveremos a los laboratorios y yo, como es natural, iré con usted. Mi deseo es que usted vuelva a los Estados Unidos con esos informes completos.

El viejo Kuger movió afirmativamente la cabeza como dando a entender con aquel gesto que estaba de acuerdo con las palabras de Fritz.

—Hay una cosa —dijo de pronto Fritz— que no me gustaría que usted ignorase, aunque, claro, yo puedo estar equivocado.

—Dígame usted —se interesó William.

—En los alrededores de la granja de mis amigos, en un pequeño valle que da a la parte Este de la misma, hace días que venimos observando una serie de movimientos raros. Muy frecuentemente pasan coches militares conduciendo a unos señores ancianos, con aire de sabios, vestidos de paisano. Dicho valle ha sido cercado por completo. El otro día, un pastor de la granja, que cuida de sus ovejas muy cerca de ese lugar, oí que decía: «Han instalado dos tiendas de campaña y por la cerca se pasean algunos soldados. He oído decir que el lunes, a las seis de la tarde, habrá maniobras. Vendrán aviones y lanzarán sobre el campo de trigo «nubes artificiales». ¿No le parece esto extraño, señor Granger?»

El americano se llevó la mano a la barbilla con gesto preocupado. ¿Se trataría de unas pruebas bacteriológicas para lanzar los gérmenes de las enfermedades por medio de una especie de nubes que, en un momento determinado, dejarán caer una mortífera lluvia sobre los objetivos? De ser aquella sospecha cierta, una información sobre el caso, para Washington, tendría un valor inestimable. Porque una cosa eran los simples ensayos de investigación en los laboratorios, y otra la prueba práctica sobre el terreno.

—Puede tratarse de una maniobra bacteriológica —aclaró el investigador—; desde luego, nos convendría ir. El campo de trigo, en este caso, será la víctima de los experimentos.

Quedó concretado que el lunes, a las cinco de la tarde, William y Fritz irían a observar aquellas pruebas para ver si sus sospechas eran ciertas.

El investigador regresó a la «Posada del Soviet» y estuvo esperando, con verdadera zozobra, la llegada del lunes. Él día de la maniobra, Granger se puso una gruesa cazadora y abandonó su habitación. Ya no le importaba que esta fuese registrada porque todo cuanto podía comprometerle estaba en poder del viejo Kuger.

En el vestíbulo del hotel se tropezó con Natacha Ivanova que también se disponía a salir. Desde lo sucedido aquella noche no habían vuelto a verse. La polaca pareció desaparecer tragada por la tierra.

Granger se acercó a ella.

—¿Me guarda usted rencor por lo sucedido la otra noche? —preguntó.

Natacha, que no había advertido como este se acercaba, se estremeció asustada.

—Yo... yo... —balbució.

—Sí, ya sé que usted no tuvo la culpa. La culpa la tuvo ese hombre llamado Korpanof: la culpa de todo la tiene ese falso vivir suyo, deshumanizado y frío, que está haciendo que usted pierda los mejores años de su vida de la forma más miserable.

La verdad es que la polaca, ante las palabras del investigador, se quedó turbada, indecisa, sin saber qué decir. Había hecho lo imposible por olvidar el contacto ardiente de los labios de aquel hombre, por no dejarse influir por ningún sentimentalismo, y sin embargo, no había podido conseguirlo. Cuando el comisario político Korpanof le preguntó por el resultado de sus averiguaciones y cuál había sido el efecto producido por la droga, ella, instintivamente, sin poderlo remediar, le dijo:

»—¡Bah, camarada! le puse una de tus pastillas en el champaña y el hombre se pasó una hora diciendo disparates. Todo cosas particulares, cuestiones que nada importan para tus deseos».

Natacha se había guardado mucho de explicarle la verdad de lo sucedido al comisario, ya que, de haberlo hecho, la suerte del pintor en Waitzen no hubiese podido ser más peligrosa. Sin embargo, pese a lo dicho por la polaca, Korpanof no se daba por vencido y seguía dudando tenazmente del forastero.

Natacha Ivanova, enormemente turbada, sin saber qué hacer ni

qué decir, salió del hotel, en cuya puerta le aguardaba un coche militar.

El americano vio que subía en el vehículo.

«Debe ir a presenciar esas maniobras» —se dijo, mientras el coche se alejaba calle abajo.

* * *

Hacía quince minutos que William y Fritz estaban escondidos en unos matorrales desde donde se divisaba un pequeño valle, en el centro del cual había plantado trigo. Desde aquel lugar se podía ver, a unos doscientos metros, dos tiendas de campaña y varios lujosos automóviles que permanecían junto a ella. Los hombres y militares que se habían apeado de los vehículos charlaban animadamente formando varios grupos. Entre ellos le pareció ver al investigador a una mujer, a la propia Natacha, y a su lado, sobresaliendo de entre todos, la figura corpulenta del comisario Korpanof.

—Ya son las seis —advirtió Fritz.

—Si —corroboró William—, ya no deben tardar mucho en empezar.

Pero el investigador se equivocó porque hasta las seis y media, aproximadamente, no pareció aquella gente dar señales de movimiento. A esa hora todas las personas que había ante las tiendas de campaña se cubrieron los rostros con sendas caretas, en el preciso instante en que a lo lejos, en el horizonte, aparecían tres aviones.

—¿Irán a lanzar gases? —se alarmó Fritz.

—No, no tenga usted miedo —repuso el investigador—. Estamos demasiado lejos para que nos suceda nada. Seguramente ahora esos aviones dejarán caer algunas «nubes artificiales» sobre el campo de trigo. La experiencia tiene que ser pequeña y solo lanzarán cantidades muy reducidas. No pueden correr el riesgo de que los gérmenes infecciosos invadan la comarca. De todas formas no estará de más que nos tapemos la boca con el pañuelo.

Los tres aviones dieron varias vueltas por el valle, volando cada vez a menos altura. En una de estas vueltas, en la que los aviones pasaron a unos cuarenta metros del suelo, dejaron caer como una especie de nubes grises, no mayores de cuatro metros cada una, pero que conforme descendían a tierra se iban agrandando veinte veces más, cayendo al fin sobre el campo como si fuese una lluvia de ceniza.

—¿Así, señor William, he hecho bien en avisarle?

—Sí, porque esto es el más claro indicio de que se hacen experimentos para una posible futura guerra bacteriológica.

Y el investigador tomaba sin cesar apuntes en su libreta. Parecía muy contento de haber tenido la enorme suerte de ver, con sus propios ojos, una maniobra de aquella índole.

Frente a las tiendas, Korpanof presenciaba con mucho interés el desarrollo del experimento y el vuelo bajo de los aviones.

—Da risa pensar que en las guerras del mañana la bacteriología desempeñará uno de los más importantes papeles —dijo, viendo caer aquella lluvia cenicienta, apartándose un poco la careta.

La polaca asintió con un leve movimiento de cabeza. Por primera vez en su vida algo, un no sé qué inexplicable, se estaba adueñando de su voluntad. Veía sin ver las maniobras que se estaban llevando a cabo, y cuando alguno de sus colegas se acercaba a ella y le hacía gestos con la cabeza, mostrándole notas donde se detallaba minuciosamente los datos sobre la «lluvia bacteriológica», Natacha se limitaba a afirmar con breves gestos y a dar su conformidad.

Los tres aviones desaparecieron por detrás de las montañas. Se tomaron fotografías, se examinó detenidamente el campo y, en resumen, se estudió la primera reacción de los gérmenes infecciosos sobre las semillas del trigo.

Ya camino de Waitzen, en el lujoso automóvil del comisario político, este, sonriendo, dijo a Natacha:

—Mañana pienso interrogar muy duramente a nuestro hombre. No se me quita de la cabeza que es un tipo muy sospechoso. Y yo rara vez suelo equivocarme. ¿Qué te parece?

Por primera vez las palabras del inteligente comisario político no hicieron la menor gracia a la polaca, que se sintió molesta y arrepentida de haber subido en el coche de Korpanof.

—Tú, camarada, para ser feliz —dijo—, debes tener siempre alguien en quien poder descargar tu cólera. Podremos tener enemigos, pero no tantos como crees.

El comisario sonrió satisfecho de aquella respuesta. Sus deducciones podían ser ciertas. Natacha Ivanova había dado pruebas más que sobradas de su inquebrantable voluntad y fortaleza de espíritu. Sin embargo, ¿no podía sentir cierto afecto hacia aquel hombre que se llamaba Christian Froien y era de Noruega?

—¿Sabes lo que encontramos en el cadáver del agente que murió en los laboratorios, camarada? —inquirió de pronto Korpanof.

—No, ni siquiera me lo imagino.

—Asómbtrate: un loro azul de aluminio.

Un estremecimiento agitó a la polaca en su asiento. Recordaba perfectamente que, sobre la mesita de noche, en el cuarto del pintor, había visto, precisamente al lado de la lamparita, un loro azul pequeño, de metal, en el que había reparado muy vagamente.

Quiso hablar, explicar a Korpanof aquel curioso detalle, pero, sin saber por qué, no lo hizo. Y aunque en su interior se reprochó varias veces aquella conducta, una fuerza misteriosa, inexplicable, hizo que no dijese nada.

Natacha no había tenido nunca más amor que su patria adoptiva, y sus investigaciones científicas. Pero he aquí que de pronto, un hombre venido de Dios sabe dónde, se interesaba por ella, le decía que estaba enamorado de ella y, encima, la besaba, con un beso de amor que hizo que por primera vez en su vida, Natacha se hiciera esta pregunta: «¿Seré realmente una mujer equivocada que ha malgastado su vida haciendo uso tan solo del cerebro?»

Un medio de vida rígido y severo, al par que unos rigurosos estudios, le habían ocultado los caminos que conducen a la sensibilidad espiritual y humana, y se había limitado a ser, simplemente, un engranaje sin voluntad propia, sin corazón casi, de la gran máquina del mundo. Polonia le había dado la vida, Rusia la educación, y Hungría el trabajo, y estos eran, por lo tanto, sus más lógicos amores. Trabajar; trabajar siempre y seguir estudiando, eran su único objetivo, sin que nunca se le hubiese ocurrido preguntar a dónde iría a parar por este camino. Y ahora se decía si no habría otros horizontes que aquellos en que se había desenvuelto.

—Me parece que no te encuentras bien, camarada —dijo de pronto Korpanof al ver que la muchacha parecía abstraída de todo cuanto la rodeaba.

—Es cierto; me duele un poco la cabeza.

El comisario político comprendió que a Natacha le ocurría algo anormal, aunque no hizo observación alguna. En lo que restaba de trayecto no volvieron a dirigirse la palabra.

CAPÍTULO IX

William Granger estaba contento porque dentro de unos días todo habría acabado. Muy mal tenían que ir las cosas para que no pudiese, si la suerte le acompañaba un poco, llevar a cabo felizmente su misión. Era martes, y el miércoles, por la noche, acompañado de Fritz, volvería a los laboratorios.

Estaba terminando de afeitarse y a medio vestir, cuando oyó que golpeaban fuertemente en su puerta.

—¿Quién es? —preguntó el investigador acercándose a esta.

—La policía —respondió una voz seca y autoritaria al otro lado de la madera.

William abrió. Dos hombres vestidos de paisano penetraron en la antesala sin ninguna clase de miramientos.

—¿Es usted el señor Christian Froien? —preguntó uno de ellos, que era chato y miraba como un «bulldog» a todas partes.

—Sí, soy yo.

—Bien; pues acabe de vestirse porque ha de acompañarnos a la comisaría.

—¿A la comisaría? —se extrañó William—. ¿Para qué?

El hombre con cara de «bulldog» se encogió de hombros.

—¡Ah, eso no es asunto de nuestra incumbencia! Allí se lo dirán a usted.

El investigador comprendió que no tenía otro remedio que seguir a aquellos individuos.

—Bueno, tengan la bondad de esperar a que me acabe de vestir. Enseguida estaré con ustedes.

Y penetrando en la habitación, Granger acabó de ponerse la ropa. Hubiera podido coger del bolsillo de su americana la pistola automática y encañonar a aquellos hombres; pero no lo hizo. Hacerlo hubiese sido declararse culpable, tener que huir precipitadamente de Waitzen y no poder volver a los laboratorios. No; prefería correr la suerte que el Destino le deparase. Quizá todo fuese un simple interrogatorio de trámite. No había pruebas concluyentes contra él. Sus papeles, aunque falsos, estaban en regla.

También podía tratarse de una simple denuncia por parte de Natacha Ivanova; sabía que la muchacha era capaz de esto y de mucho más.

Antes de abandonar la habitación, y mientras terminaba de

ponerse los zapatos, sacó su pistola del bolsillo y la metió dentro de un gran florero que había en la mesita de noche.

—Cuando ustedes gusten —dijo, saliendo a la antesala.

Atravesaron el pasillo del hotel y la fatalidad quiso que, cuando ya se disponían a bajar por la escalera, tropezaran con Natacha que se dirigía a su habitación. La polaca no pudo evitar un gesto de asombro, y un escalofrío corrió a lo largo de su cuerpo. Granger también la miró; pero su mirada fue muy distinta a la de ella; su mirada parecía decir a la polaca: «¡Ya estará usted contenta de lo que ha hecho!».

Aquel día tendría ocasión de comprobar William parte de la crueldad de aquel hombre al que temían sus propios amigos. Al abrirse la puerta del despacho del comisario político Basilio Korpanof, el americano se encontró ante una inesperada acogida, tan afable como hipócrita. Korpanof, detrás de la gran mesa, vestido con un impecable abrigo negro, fumaba cigarrillos egipcios. Al ver entrar a William, se levantó y le indicó un asiento.

—Siéntese, por favor.

Granger obedeció.

—Usted dirá —dijo.

El comisario no parecía tener prisa por llegar al fondo de la cuestión. Valiéndose de su tono amable, de la conversación intrascendente, quería sugestionar al forastero en un clima de confianza.

—¡Ah, señor Froien, qué gran cosa es el arte! —exclamó como si el motivo de aquella visita fuese algo trivial—, yo se lo puedo decir porque he nacido en Rusia, un país cuyo corazón siempre ha estado abierto a las creaciones geniales de los pintores, los escritores y los músicos. Solo una sensibilidad como la de mi patria podía haber dado al mundo maestros tan gigantescos. En el campo de la Literatura, a Dostoievski; en el de la Música, a Rimsky Korsakof; en el del Ballet, al inolvidable Nijinski, que era alma, armonía sublime, de la propia música, y cuya pasión fue tan grande que llegó a morir en las tablas de un escenario. Sí, señor mío, el arte merece todos mis respetos.

William se extrañaba de la forma en que le hablaba aquel hombre. Sin embargo, sabía, o al menos intuía, que detrás de su oratoria se escondía el golpe traidor.

—Pero tenga en cuenta —dijo este— que todos esos hombres que usted ha mencionado florecieron en otra época. Parece ser que ahora su patria no produce genios.

Korpanof parecía contento de aquella conversación. Su enorme

cuerno se removió en el asiento, como no estando de acuerdo con lo que había dicho el investigador.

—Bien, sí: admito que florecieron en una época ya pasada, pero eso no importa. Dentro de pocos años, pese a lo que usted dice, tendremos un arte nuevo.

—Sí, claro; todo es posible —comentó el investigador, por decir algo.

Se hizo un prolongado silencio. Los dos hombres se examinaban detenidamente como queriendo penetrar en sus más íntimos pensamientos.

—Sin embargo, hay un país que jamás producirá nada: Norteamérica. Los Estados Unidos son una nación insensible, sin historia, donde todo lo que tienen lo han importado del extranjero; de Europa, mejor dicho.

Al investigador le cogieron algo desprevenido aquellas palabras que tan duramente atacaban a su patria. Quiso, sin sospechar la trampa que el comisario le haya tendido, defender sus ideales.

—Está usted en un error, comisario; Norteamérica es joven, no ha tenido tiempo de demostrar lo que vale; pero eso no deja de ser una fruslería. En Norteamérica, ahora, hay hombres tan inteligentes como puede haberlos en cualquier parte del mundo... —y aún no había terminado de hablar cuando, de pronto. Granger se dio cuenta del terrible error que acababa de cometer.

Como por arte de magia, el rostro de Korpanof se ensombreció; el trazo duro y enérgico de su frente pareció hallar al investigador desprevenido.

—Es curioso que usted, siendo noruego, defienda con tanta vehemencia a Norteamérica —y acto seguido se puso en pie y se acercó a la ventana.

Korpanof parecía interesarse por lo que ocurría en la calle. Imperturbable, con una serenidad escalofriante, seguía fumando sin cesar. No parecía tener prisa. Al fin, pareció cansarse de mirar hacia el exterior y se volvió a William. Una mueca irónica, repugnante, se reflejaba en su rostro.

—Hablemos claro —dijo—; no quiero andarme con rodeos. Le he mandado llamar porque sospechamos de usted. Es muy curioso que su llegada a Waitzen haya coincidido con el asalto a los laboratorios.

El investigador, que esperaba de un momento a otro un ataque de aquella índole, no se turbó lo más mínimo.

—Algo de esto me dijo la camarada Ivanova; pero, ¡qué le voy a hacer! Lamento haber venido a pintar en fechas tan desagradables.

Korpanof pulsó el timbre de la mesa, no tardando mucho en presentarse un policía. El comisario le dio algunas órdenes en ruso. Instantes después el mismo policía entraba con una bandeja en la que había el desayuno de Korpanof. Siguiendo al portador de la bandeja, penetraron tres hombres, que al parecer eran los elementos que ayudaban al comisarlo en sus «interrogaciones». Uno de estos se acercó a William, hizo que se levantara y le rogó con muy poca amabilidad que se quitase la americana. Otro se acercó a las ventanas y corrió las cortinas rojas, que impidieron se filtrase la tenue luz solar. El tercero retiró la silla hacia el centro del despacho e hizo que William volviera a sentarse. Un foco iluminó cegadoramente el rostro del investigador, taladrando la penumbra en que la estancia había quedado.

—Están ustedes cometiendo un atropello conmigo; me quejare a la Embajada de mi país —se defendió Granger, aunque comprendía que sus palabras no harían ningún efecto.

Korpanof, a pesar de la semioscuridad reinante, había dado comienzo a su desayuno.

—Mis tres hombres y yo —dijo el comisario con la boca llena de pan— tenemos medios muy convincentes para saber si se nos dice o no la verdad. No se asuste, que no le va a ocurrir nada. Estos preparativos son de puro formulismo. Es un método que siguen todas las comisarías del mundo.

William empezaba a sentirse bastante preocupado por todo cuanto sucedía. Sabía que aquellos hombres, principalmente Korpanof, no vacilarían ante nada. Tenía la absoluta seguridad de que se encontraba ante una situación difícil, terriblemente dramática. Su salvación dependía de su propia serenidad.

—¿Cuántos habitantes tiene Noruega? —preguntó de pronto uno de aquellos ayudantes de Korpanof.

La respuesta de Granger no se hizo esperar. Durante el viaje, siguiendo los consejos de Clarck Brown, había estudiado superficialmente algunos datos sobre el país noruego.

—Tres millones —respondió.

—¿En qué año se hizo independiente y constituyó en reino?

—En 1905.

—¿A qué hora tienen la salida los aviones que parten de Oslo en dirección a Budapest? —Y esta vez la pregunta la hizo el propio Korpanof.

—A las 9'15 de la mañana.

—Poseyendo Noruega unos paisajes tan exuberantes, ¿por qué ha venido a pintar a Waitzen, siendo estas tierras áridas y lisas

como la palma de la mano?

—Porque un artista puede ir a dónde le plazca si lleva todos sus documentos en regla, ya que cualquier parte del mundo puede resultar interesante para crear sus obras.

El interrogatorio duró tres horas. Le acosaron a preguntas, algunas de las cuales no tenían siquiera sentido, todo con la intención de aturdirlo, de hacerle perder la voluntad para, así, lograr la confesión. La cabeza le daba vueltas, y comenzaba a perder el dominio sobre sí mismo. Los rostros de los tres ayudantes y del propio Korpanof, aparecían a sus ojos como seres grotescos, infernales, procedentes de un mundo diabólico para acabar de sumergirle en un caos monstruoso, en un pozo profundo donde no se llegaba nunca al fin.

—¡Basta! ¡No puedo más! —rugió William, perdiendo toda serenidad e intentando incorporarse de su asiento.

Pero seis hercúleos brazos le obligaron a que se sentara de nuevo. Incluso uno de aquellos hombres le arremangó la camisa, y mientras los demás le sujetaban, le puso una inyección. Los efectos de esta, aunque no muy fuertes, dejáronse sentir. William notó cómo una especie de dulce letargo se iba apoderando, poco a poco, de su cuerpo. Las preguntas, la luz cegadora del foco, los efectos del inyectable, todo, en fin, estuvo varias veces a punto de derrumbar la férrea voluntad del americano. Sin embargo, concentrando todos sus sentidos, apretando con fuerza los dientes, se negó a responder a ninguna otra pregunta. Le zarandearon varias veces, le dieron agua para reanimarle, pero todo fue inútil, porque el investigador, preso de un delirio rayano en la locura, había conseguido que su espíritu venciera la crueldad del suplicio a que le sometían.

Cuando los cuatro hombres pusieron término al interrogatorio y las cortinas volvieron a correrse, dejando filtrarse la claridad del día, Granger, exhausto, moralmente deshecho, vio a Korpanof que sonreía afablemente como si nada hubiese ocurrido, como si continuasen charlando como al principio. Los tres ayudantes habían desaparecido.

—Puede retirarse —dijo el comisario—. Siento haber tenido que emplear con usted esta clase de interrogatorio. Queda libre, de momento, claro está. Sin embargo, le aconsejo que no se aleje mucho de Waitzen, pues es muy probable que le volvamos a llamar.

William no dijo nada. Su deseo hubiese sido lanzarse sobre aquel hombre que parecía una bestia inmundada, repugnante, y sacarle los ojos. Pero comprendió que con eso no haría otra cosa que complicarse todavía más la vida. Arreglándose la chaqueta y el

cuello de la camisa, salió a la calle.

Un odio incontenible se había apoderado de él hacia todo lo que se relacionaba con aquel despiadado comisario, quien para conseguir sus propósitos, era capaz de matar, llegado el caso, hasta a su propia madre.

Llegó a la «Posada del Soviet» y lo primero que hizo fue dirigirse a la habitación número 24.

Llamó furiosamente a la puerta. En sus ojos había reflejada la mueca del desprecio más grande e incontenible. Al abrirse aquella por la propia Natacha Ivanova, Granger se introdujo sin ninguna clase de miramientos y cerró tras sí.

—¡Oh, usted! —se asombró la polaca.

—¡Si yo! —vociferó el investigador—. Yo, que vengo a darle las gracias por lo que usted ha hecho. Ya estará contenta. Su querido amigo Korpanof se ha desahogado a su antojo. Espero que después de esto se me dejará en paz, y que usted no volverá a cruzarse en mi camino —y volviéndose hacia la puerta, agregó—: Lamento de veras haber sentido por usted algo que se parecía mucho al amor. No se preocupe, no seré tan tonto como para dejar que en mi alma vuelvan a entrar pensamientos semejantes. Usted, Natacha Ivanova, no es una mujer, es un fantoche de paja que se mueve hacia donde los demás quieren.

Y William abrió la puerta y la cerró luego con golpe brutal.

Al quedarse sola, Natacha se sintió muy apenada de que aquel hombre imaginase fuese ella la causante del «interrogatorio que había tenido que soportar aquella mañana.

CAPÍTULO X

William Granger, Fritz Kuger y su anciano padre iban disfrazados de campesinos, con ropas viejas y llenas de remiendos. Se habían vestido de aquella manera en la granja de los amigos de Fritz, los cuales habíanse sentido muy halagados de que el americano depositase en ellos una confianza tan grande.

Era miércoles, por la noche, y la fecha decisiva había llegado. Estaba convencido de antemano que mientras William y el húngaro penetraban en los laboratorios, el viejo Kuger les aguardaría oculto entre matorrales a unos doscientos metros del centro de investigaciones, guardando la cartera del americano y una mochila conteniendo alimentos con que llegar hasta la frontera austriaca. Si conseguían atravesar la frontera y llegar hasta la embajada de los Estados Unidos, en Viena, todo estaría resuelto, porque allí les darían las garantías y seguridades necesarias para que pudiesen marchar a Norteamérica o donde se les antojase.

Los dos hombres sabían perfectamente que iban a una empresa suicida, loca. La vigilancia en los laboratorios, a causa de la primera «excursión» que habían llevado a cabo, tenía que haberse extremado.

—¿Y cree usted, señor William, que su Gobierno nos facilitará la entrada en los Estados Unidos? —preguntó el anciano.

—Desde luego. Ustedes han hecha, con su ayuda, que yo pudiese realizar mi misión. Si tenemos la suerte esta noche de que todo salga bien, yo les doy mi palabra de que ustedes tendrán pasaportes y pasaje para marchar al punto que más les acomode. Norteamérica no vacila en ayudar a quienes noblemente la ayudan.

—Pues, entonces, que Dios nos ayude —dijo el viejo, santiguándose.

Fritz, algo emocionado por las palabras de su padre, quiso infundirle ánimos.

—Claro, padre, claro; todo saldrá bien, ya lo verá usted.

La noche estaba oscura, y en el cielo apenas si se divisaban las estrellas. Aquella profunda oscuridad iba a ser su aliada. Durante el resto del camino permanecieron en silencio, como comprendiendo que las palabras estaban de más porque los hechos, la cruda realidad, la aventura que dentro de unos momentos iban a vivir, tenían la palabra.

Por fin, llegaron a la falda de las dos montañas en la que se encontraban los laboratorios. En un lugar donde la tierra formaba como un pequeño embudo y que estaba cubierto de zarzales, decidieron que el anciano se quedase.

Jamás se vio una despedida más patética.

—Os deseo suerte, hijos míos —balbució el viejo—. Pero me sabe mal quedarme aquí, esperando, sin poder hacer nada por vosotros.

—¡Bah, no se preocupe; todo saldrá perfectamente! —dijo William, aunque no muy convencido de la verdad que podían encerrar sus palabras.

Como en cada extremo de la verja que rodeaba al edificio había una luz potente, y, debajo de ella, en la garita, un centinela, el único sitio que quedaba libre para poder penetrar era el centro de la cerca, por la parte opuesta a la entrada principal. Era el único punto a dónde los rayos de los focos llegaban muy débilmente.

Comenzaron a avanzar a rastras, pegados por completo al suelo como si fuesen lagartos, notando sobre sus cuerpos el contacto duro de las piedras que encontraban en su avance. Atravesar los treinta metros que les separaban de la cerca metálica les hizo invertir quince minutos. Cuando estuvieron junto a los alambres, Fritz sacó unos alicates y comenzó a cortar por dónde le iba indicando el americano. Cada hilo de hierro que cortaba producía un ruido semejante al que se hace cuando se rompe un tubo de cristal.

—¡Cuidado! —exclamó Granger—. Si cortamos este cable de electricidad, estamos perdidos.

Y, en efecto, el húngaro observó que, hábilmente camuflado entre la cerca, había un cable negro, eléctrico, que era el conductor de las luces que había en los extremos. De cuando en cuando se veían obligados a interrumpir su tarea porque un centinela pasaba muy cerca de donde ellos estaban, efectuando paseos de un lado para otro sin cesar. Cuando hubo suficiente espacio para que sus cuerpos se deslizaran, esperaron el momento oportuno en el que el centinela se alejaba. Como vieron que no podían entrar los dos a la vez, William, estudiando el caso le dijo al húngaro:

—Ahora voy a pasar yo. Usted debe esperar a que él centinela vuelva a alejarse. Le esperaré allí —y señaló una parte del edificio en la que había una oquedad completamente a oscuras.

Fritz asintió con la cabeza, comprendiendo que el americano tenía razón.

—De acuerdo —dijo.

Granger se precipitó hacia adentro, y, como avanzando a rastras

no hubiese tenido tiempo de cruzar la distancia que le separaba de la pared del edificio, a Causa de qué aquel centinela continuamente estaba pasando, se tuvo que resignar a hacerlo derecho, corriendo a toda, la velocidad que le permitían sus piernas. Cuando llegó a la oquedad que había indicado a Fritz, respiró aceleradamente, esperando oír de un momento a otro la señal de alarma. Pero no fue así. El silencio más profundo siguió imperando en el ambiente. Él había conseguido el primer objetivo. ¿Conseguiría lo mismo Fritz? Y con los nervios en tensión, a la expectativa, aguardó la llegada de su compañero.

Fritz le imitó y, aprovechando que el soldado se apartaba del centro de la cerca, se precipitó al sitio donde le esperaba William. Allí estuvieron unos instantes, como deseando percatarse de que nadie los había descubierto, de que todo permanecía tranquilo.

—Bueno, el primer paso ya está dado —comentó, sonriente, el húngaro.

—Sí, pero ahora nos queda lo más difícil.

Pegados a la pared fueron dando la vuelta al edificio en dirección a la puerta por dónde habían penetrado la primera vez. Pero al llegar allí se llevaron una sorpresa: estaba cerrada. Por aquel lugar ya no podrían entrar. Entonces, decidieron volver sobre sus pasos. Habían visto junto a la oquedad oscura unas vidrieras que, seguramente, daban a los sótanos. No tenían otra solución que penetrar por allí.

Las vidrieras no eran demasiado amplias, pero si lo suficiente como para permitir, si se abrían, la entrada de un hombre. Fritz, que iba prevenido para todo, sacó de su bolsillo un corta-vidrios y, con él, hábilmente, fue cortando el cristal a ras de la madera.

—Ahora viene lo malo —advirtió el húngaro.

—Es cierto —se dio cuenta el americano.

Si el vidrio, al empuje del húngaro, caía dentro de los sótanos, estarían perdidos, porque haría un ruido estrepitoso que pondría en guardia a los centinelas.

Para que todo pudiese salir bien era necesario que el cristal cortado cayese hacia fuera, es decir, hacia la parte donde ellos estaban. Fritz no vaciló. Con riesgo de hacerse daño en la mano, dio un fuerte puñetazo, seco y enérgico, a la parte baja del mismo, que al recibir el impacto giró hacia adelante como si hubiese tenido un eje en el centro. Granger lo sostuvo en sus manos, con el mismo cuidado que si se tratara de un frasco de nitroglicerina. ¡Habían superado el obstáculo! ¡La suerte les seguía acompañando!

William dejó el vidrio apoyado en la pared y siguió a Fritz, que

ya se había introducido en los sótanos. Bajaron al suelo del mismo, luego de pasar sobre varias cajas de madera que allí haría almacenadas. Los sótanos estaban iluminados débilmente por algunas bombillas de escasos vatios. Afortunadamente, la puerta de los sótanos, que daba acceso por medio de una escalerilla al pasillo, revestido de cemento «Portland», estaba abierta.

—Cuidado —dijo el americano—; ahí, en la puerta «G», hay siempre un centinela.

Pero, con gran asombro de William y Fritz, atravesaron el pasillo y subieron por la escalera de caracol sin que nadie diese señales de vida.

Las cosas estaban saliendo demasiado bien para durar mucho. Debían estar muy alerta, porque en el momento menos pensado, de cualquier parte, inesperadamente, podía venir el peligro. Ni los oficiales de la guarnición, ni los centinelas, ni siquiera el agudo e inteligente comisario Korpanof, podían sospechar que los agentes extranjeros que realizaron la primera incursión tuviesen el valor de volver a los laboratorios.

* * *

El cuerpo enorme, bestial, de Korpanof, se estremeció en el asiento, amenazando romper la silla en que se sentaba. Por fin, tenía en sus manos las pruebas que necesitaba, lo que tantos días había estado persiguiendo con tenacidad férrea, lo que venía a comprobar, sin ninguna clase de dudas, que sus sospechas eran ciertas. En aquellos momentos acababa de recibir un cable cifrado de uno de sus agentes en Washington, en el que se decía lo siguiente:

«Camarada comisario Korpanof:

»Conforme mandato tuyo, he hecho pertinentes averiguaciones. De los laboratorios de investigaciones bacteriológicas de Camp Detrick, en el Estado de Maryland, falta uno de los ayudantes del profesor Rosebary, que, como ya sabes, fue muerto en el aeropuerto de Washington cuando se disponía a subir a un avión. El hombre que ha suplantado al profesor se llama William Granger, tiene treinta y cinco años, es alto y excesivamente delgado, cabello pajizo, ojos azul oscuro y barbilla saliente. Confío te sirvan estos datos.

»Saludos, X-15».

Jamás se vio rostro en el que se pintase, de forma tan descarada,

la mueca de una sonrisa irónica.

—¡Maldito perro! —exclamó.

Y luego mostró a Natacha Ivanova, que precisamente se encontraba allí en aquellos momentos, porque había ido a entregar un informe al comisario, referente a las maniobras bacteriológicas efectuadas, el comunicado que el agente secreto le había enviado desde Norteamérica.

—¡Es asombroso! —fingió extrañarse Natacha—. ¡Quién lo iba a decir!

—Pues, ya lo ves. No es vanidad, camarada; pero cuando yo sospecho de alguien... Por algo te decía yo que vigílase a ese hombre. Son muchas coincidencias. Primero, lo encontramos pintando cerca de los laboratorios; luego me enseña un pasaporte en el que consta llamarse Christian Froien y ser de nacionalidad noruega; después, su llegada coincide con el asalto a los laboratorios...

Basilio Korpanof pulsó el timbre de su mesa. Nunca había dado el comisario una orden con la satisfacción que lo hacía en aquellos momentos. Al teniente que se presentó a su llamada le ordenó, categórico:

—Id a la «Posada del Soviet» y detened a un hombre que se hace llamar Christian Froien. Antes de quince minutos quiero que estéis de vuelta con él.

Natacha Ivanova comprendió que el americano estaba irremisiblemente perdido si no ocurría un milagro. La detención de William era la solución del misterioso caso de los laboratorios que se venía persiguiendo, y, sin embargo, ahora, ante aquella realidad, se sintió hondamente amargada.

Korpanof se puso en pie y empezó a frotarse las manos, satisfecho de que todo, al fin, se hubiese aclarado.

—No parece alegrarte mucho, camarada Ivanova, la detención de ese hombre.

Natacha se encogió de hombros, aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—¡Bah! A mí me da lo mismo...

Y luego fue explicando con todo detalle los informes que ella y los demás investigadores de los laboratorios habían redactado, dando las conclusiones de las pruebas bacteriológicas efectuadas a ocho kilómetros de Waitzen. Transcurrieron diez minutos. La polaca terminó de dar sus explicaciones. Ya se disponía a marchar, pretextando que estaba cansada y que tenía sueño, cuando, de pronto, sonó el teléfono. Korpanof cogió el aparato.

—Dime —preguntó.

—¿...?

Algo grave debieron decirle porque su rostro se ensombreció, perdiendo toda la euforia de momentos antes y dando una impresión diabólica y exasperada.

—Bueno, no importa. Esperad su regreso. No moveros de ahí hasta que él llegue. Me respondéis con vuestra cabeza de cualquier incumplimiento de mi orden.

Natacha comprendió que algo grave sucedía.

—¿Pasa algo malo, camarada? —preguntó.

—¡Sí, sí! Ese cochino imperialista no está en el hotel. Pero no importa. En cuanto regrese, mis hombres le capturarán. Esto es una insignificante contrariedad.

La polaca lanzó un suspiro de alivio. No le hubiese gustado que detuvieran al americano. Le era simpático, sumamente simpático. Jamás ningún hombre se había interesado por ella; nunca nadie le había dicho que había otra causa por la que los seres humanos podían sacrificarse sin rodeos: el amor. Y amor era, en efecto, lo que empezaba a sentir por aquel hombre.

De pronto, una idea, veloz cruzó por su cerebro. Con una excusa cualquiera se alejó del despacho del comisario y subió en uno de los «jeeps» militares que había estacionados junto al edificio.

* * *

La cosa no podía haber ido mejor. Con un manojo de ganzúas que Fritz llevaba, pudieron, sin grandes esfuerzos, abrir las puertas de los despachos de los hombres de ciencia. William iba, anotando en una libreta todos cuantos datos necesitaba para conseguir un informe completo de la preparación bacteriológica que se realizaba en Waitzen. Solamente les quedaba un despacho en el que entrar. Granger estaba un poco preocupado. Había algo que faltaba en su informe; tenía la esperanza de que en el despacho que les quedaba por registrar encontraría lo que buscaba. Y, en efecto, no se equivocó. Su rostro se iluminó: allí, con letra redonda y picuda, habían los datos que le eran tan necesarios. En el papel estaban anotados, con toda precisión, los últimos experimentos efectuados con el virus de la «psitacosis», o de la temible epidemia llamada «fiebre del loro», una de las armas más terribles de la guerra bacteriológica, ya que, con unos cuantos gramos, había más que suficiente para infectar a millones de seres humanos.

—Bueno, ya hemos acabado —dijo el americano, guardándose la

libreta.

—¡Ya era hora! —respiró el húngaro—. No puedo negar que empiezo a estar intranquilo.

Ya se disponían a salir cuando, de pronto, se abrió la puerta del despacho donde estaban y apareció en el umbral la propia Natacha Ivanova, que cerró la puerta tras ella.

—¡Usted aquí! —se asombró Granger.

La polaca avanzó hasta él.

—Sí, yo —dijo en tono patético—. ¿Le extraña, verdad?

A William, se le había perdido la voz. Todo había fracasado. Detrás de la polaca, seguramente, se encontraría el cruel comisario Korpanof con su gente. Habían sido inútiles todos los esfuerzos realizados.

—No vuelva al hotel. El comisario Korpanof ha recibido un informe desde Norteamérica en el que se le denuncia a usted, diciendo que es el sustituto del profesor Rosebary, que era quien tenía que venir a Hungría. He venido a avisarle, a ponerle en guardia, a demostrarle que yo, a pesar de ser como soy, no puedo hacerle daño a usted.

Si la tierra se hubiese abierto en aquellos momentos, si el edificio donde estaban se hubiera derrumbado, si hubiera sucedido algo horrendo, imprevisto, el investigador no se hubiese extrañado tanto como se extrañó al oír a Natacha Ivanova hablar en el tono que lo había hecho.

—Entonces... —balbució William.

—Sí; no vuelva al hotel. Si vuelve, Korpanof hará que le maten.

William Granger no pudo contenerse ante la actitud de la muchacha. Decidido, avanzó hacia ella y, como habían hecho la primera vez, la enlazó por la cintura y la cubrió de besos. El húngaro, que comprendía lo sucedido, se volvió hacia la puerta, alejándose de ellos.

—Te quiero, Natacha; te quiero desde que me llamaste «jirafa de salón».

La polaca tenía el rostro cubierto de lágrimas. Sentíase traidora por no haber delatado, como era lógico, al americano, pero no le importaba; estaba contenta. Había tenido la dicha inmensa de conocer, aunque fugazmente, lo que era el amor.

—Yo también te quiero, William —y la muchacha apoyó su cabeza, sin cesar de llorar, en el pecho fuerte de él—. Vete; debéis ir. Es peligroso que permanezcáis aquí.

—¿Y tú?

—Yo, me quedo. ¡Qué voy a hacer!

El americano cogió un trozo de papel y apuntó una dirección: la de su casa en Camp Detrick, de Maryland; luego entregó la nota a Natacha, diciéndole, profundamente emocionado:

—Sí, nos vamos, Natacha; me voy. Pero si algún día decides abandonar Hungría, si te crees con valor suficiente para dejar esa vida que hoy te esclaviza, quiero que sepas, querida Natacha, que yo te estaré aguardando con los brazos abiertos y te haré mi esposa. Siempre te esperaré. Estoy seguro de que vendrás. Prométemelo.

Natacha Ivanova movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, querido, sí. Te prometo que no pasará mucho tiempo sin que vaya a reunirme contigo.

—Ven, Natacha, ven. En Norteamérica te darás cuenta de que te espera algo que aquí no has conocido nunca: un hogar, un hombre que te ama, y una nación donde no es delito creer en Dios.

Al fin, los dos enamorados se separaron. William y Fritz salieron al pasillo, y sin ninguna novedad llegaron hasta los sótanos, saliendo por la abertura que habían hecho en la ventana del mismo.

Se disponían ya a efectuar el recorrido hasta la cerca, cuando vieron, alarmados, que el centinela que antes se paseaba de un lado a otro, estaba junto a la alambrada y miraba con atención la abertura que ellos habían hecho con los alicates. Si aquel hombre daba la alarma todo estaría perdido. El americano, procurando hacer el menor ruido posible, se precipitó hacia aquel sujeto, llegando junto a él al tiempo que este se volvía e intentaba clavarle la bayoneta en el cuerpo. Con una habilidad poco común, Granger esquivó el golpe y, a su vez, propinó un fuerte puñetazo en la mandíbula de aquel hombre, que cayó al suelo, aunque sin desvanecerse aún. William se tendió sobre él y le golpeó brutalmente, sin compasión, hasta que el centinela solo fue un cuerpo inerte tendido sobre la hierba.

—¡Bravo, amigo! —le felicitó Fritz—. Este hombre ha estado a punto de perdernos.

Y ambos, salieron fuera de la cerca. No contaban, sin embargo, con el ruido producido por el soldado al caer al suelo bajo el ataque del americano, y que fue oído por otro centinela que estaba junto a la caseta de un extremo de la alambrada.

William y Fritz vieron perfectamente cómo el hombre de la garita les apuntaba con su fusil de repetición, al tiempo que gritaba:

—¡Alto! ¿Quién vive?

El investigador y el húngaro se miraron atónitos, sin saber qué decir; luego, comprendiendo que hacer fuego era llamar la atención, se precipitaron monte arriba, temiendo de un momento a otro caer

acribillados a balazos. Pero, afortunadamente, no ocurrió así. Una sombra se acercó por detrás del centinela. La hoja brillante de un cuchillo rasgó las tinieblas de la noche, y el soldado se dobló sobre sus piernas lanzando un sordo y apenas perceptible quejido.

Momentos después la sombra que se había acercado al guardián comenzó a correr, a poca velocidad, en pos de los dos hombres que huían. Estos se habían percatado de que la intervención de aquel hombre había sido la salvación para los dos. ¡Y cuál no sería su asombro al contemplar al anciano Kuger!

—Esperadme, hijos míos; yo no puedo correr como vosotros —dijo el dueño del aserradero, llegando junto a ellos.

El húngaro no pudo contener su enfado, su irritación, ante lo que había hecho su padre.

—¿No le dijimos que nos esperase en aquel lugar? ¿Por qué ha venido hasta aquí?

—¡Ay, hijos míos! Yo me pregunto qué hubiese sido de vosotros si yo no estoy al acecho. El hombre que había en la garita os hubiese dejado acribillados a pocos metros de la cerca. Creo que no le he matado, pero sí malherido —y mientras decía esto, el anciano limpiaba con la hierba su brillante cuchillo de caza.

—Es usted un loco, padre.

Pero William Granger no era de la opinión de Fritz, y así lo hizo saber.

—No; su padre no es ningún loco, sino un valiente. Gracias a él hemos podido llevar a cabo esta misión sin que nadie se entere, en el mayor silencio —y al decir esto William estrechó la mano del anciano.

—¿Verdad que sí, hijo mío, verdad que si no hubiese sido por mí, a estas horas estaríais volando al Paraíso o al infierno, según vuestros méritos? —bromeó.

Y los tres hombres, siempre amparados por la oscuridad de la noche, acompañados del canto de los grillos y el croar incesante de las ranas de los estanques, que de cuando en cuando bordeaban, fueron poniendo distancia, cada vez más enorme, entre ellos y los laboratorios. Era muy conveniente que antes de que la aurora anunciase su presencia se hallasen a muchos kilómetros de Waitzen. Cuando en el centro de investigaciones se diesen cuenta de lo ocurrido, cuando Korpanof se informara del hecho, avisarían a todas las patrullas y puestos de vigilancia de todo el país.

Escapar de aquella sorda persecución era lo último que les faltaba.



—¡Basta! ¡No puedo más! —rugió William.

CAPÍTULO XI

Andrei Mijailovich, con las gafas caídas sobre su nariz aguileña, iba inscribiendo en un libro los nombres de los campesinos que, en número superior a los setenta, marchaban a trabajar a la frontera austríaca. Estaban todos reunidos en la amplia selva del Sindicato Labriego de Hungría, y conforme se acercaban a Andrei Mijailovich recibían un documento que les permitiría cruzar la frontera.

—A ver, vosotros —dijo el funcionario del Sindicato señalando al grupo formado por el americano, Fritz y su padre.

Fritz se acercó a la ventanilla.

—¿De qué granja sois?

—De «Los Olivares» —repuso el húngaro.

—¿Quién es su dueño?

—El señor Tomás Müller.

—¿Vais vosotros tres?

—Sí; aquí están nuestros papeles —dijo Fritz mostrando a Mijailovich un certificado extendido por el dueño de «Los Olivares», en el que se recomendaba a tres campesinos de su granja.

Fuese porque Andrei Mijailovich estuviera cansado de tanto trabajar, o fuese porque en aquel momento acabaran de llegar al patio del Sindicato los tres camiones que tenían que conducir a los campesinos a la estación, dio un simple vistazo a los papeles y entregó tres autorizaciones para que aquellos hombres pudiesen agregarse a la expedición campesina.

—Bueno, toma y que no os canséis demasiado.

El húngaro no pudo contener su alegría y, con los tres avales en la mano, se dirigió hacia William y su padre, que le esperaban a unos metros de distancia, impacientes.

—Listos —exclamó.

—Lo malo será al llegar a la frontera —comentó William, un poco apesadumbrado.

Los tres hombres, junto con los demás campesinos, subieron a los camiones que al efecto habían llegado. Nadie hubiese reconocido en el investigador al forastero de la «Posada del Soviet». Llevaba el cabello teñido de negro y una espesa barba postiza. Sus ropas, al igual que las de Fritz y su padre, estaban sucias, deterioradas y manchadas de barro. Eran, simplemente, tres campesinos húngaros que, patrocinados por el Sindicato Agrícola,

marchaban a trabajar una temporada a la frontera austríaca.

Todo aquello se lo debían a la colaboración desinteresada y anticomunista de Tomás Müller, que no había vacilado lo más mínimo en darles el certificado que tenía reservado para tres de sus hombres.

En la estación de Raab subieron a un tren, que partió a los pocos minutos. El vagón donde viajaban el americano y sus compañeros, era sucio, ennegrecido, maloliente y con los asientos de madera. El aire se colaba por las ventanillas y eso hacía que, afortunadamente, no se asfixiaran, ya que todo el mundo fumaba sin cesar.

—¡Qué asco! —exclamó un campesino, que llevaba una cazadora de piel de borrego—. No se nos tiene consideración. Se nos trata como si fuésemos bestias.

Encima de que se nos paga con una miseria, ni siquiera podemos permitirnos el lujo de viajar cómodos.

—Es cierto —corroboró otro campesino que había a su lado—. Han enganchado a este tren los dos vagones peores que había en la estación de Raab. El Sindicato no quiere gastarse los cuartos con nosotros; ¡para qué!

Alguien empezó a tocar un acordeón. Sus notas melancólicas y armoniosas parecieron alegrar los semblantes, rudos y cubiertos de arrugas, de los trabajadores del campo. Pronto atronó el ambiente del vagón en que viajaban los tres fugitivos, una canción campera cantada a coro:

*Yo quiero a Ana Kucher
y ella no me quiere a mí,
porque dice que soy muy pobre
y no tengo de qué vivir...*

*Y mal que le pese a la chica,
me voy al campo a trabajar,
y con el dinero que gane
con ella me he de casar.*

Al anciano Kuger se le cayeron las lágrimas. Aquel era su pueblo, su patria. La idea de marcharse le entristecía. ¿Cuándo recuperaría Hungría el alegre optimismo de antes de la guerra y se resarciría de tanta pobreza? Sentíase muy viejo para empezar una nueva vida lejos de allí.

Muy distintos eran los pensamientos de William, que no podía

quitarse de la cabeza el rostro vivaracho e inteligente de Natacha Ivanova. ¿Sería posible que la polaca cumpliera su promesa? ¿Tendría la suerte de verla aparecer algún día por Camp Detrick?... Sí, la música del acordeón, con sus notas tristonas, había emocionado a todos los que iban en el vagón.

Afuera llovía. Como las ventanas no cerraban demasiado bien, el agua se colaba por las rendijas.

—Comamos algo —invitó de pronto el anciano Kuger, sacando de debajo del asiento la mochila donde llevaban las provisiones.

El americano lanzó una mirada de alarma al viejo, como queriendo darle a entender que tuviese mucho cuidado con lo que había «dentro» de ella. Pero aquel comprendió enseguida el significado de su mirada.

—¡Bah, no se preocupe! Los bichitos viajan sin novedad.

Los tres hombres comieron. El acordeón cesó de tocar. La gente, los campesinos, fueren, perdiendo poco a poco su euforia, para quedar postrados, soñolientos y cabeceantes. Se hizo el silencio. El tra-ca-trá, tra-ca-trá del tren, se dejaba oír perfectamente. Afuera, llovía con mucha más fuerza que antes. Grandes relámpagos rasgaban las tinieblas y permitían ver los campos que atravesaban.

William también se había dormido, siguiendo el ejemplo de todos. Fueron pasando las horas. De pronto, el tren se detuvo en una estación rural que distaba tres kilómetros escasos de la frontera austríaca.

La policía húngara subió a los vagones de los trabajadores, produciendo enorme griterío y despertando a estos.

—¡Fuera! ¡Bajad del tren! ¡Hemos de efectuar una revisión!

A empujones, amenazando con los fusiles, fueron obligando a la gente a que descendiera. William miró a Fritz interrogadoramente. El húngaro y su padre comprendieron que era imposible huir. No había más remedio que bajar del vagón y afrontar el peligro. Y así lo hicieron, siempre bajo la mirada de los soldados que habían subido al tren. El dueño del aserradero se quitó el gorro y se lo entregó al americano.

—Tome —dijo—; llevando el cabello teñido hay que tener mucho cuidado con la lluvia. Eso podría delatarle.

Frente a la mísera estación, en lo que midiéramos llamar andén, había varios cordones de policía que alineaban a todos los campesinos, situándolos debajo de las grandes farolas y sin importarles gran cosa la torrencial lluvia que estaba cayendo. Más allá, en el lado izquierdo, colocaron también a los demás viajeros del resto del convoy.

Fue en aquel momento cuando un estremecimiento pavoroso sacudió todo el cuerpo de Granger. Acababa de ver, entre los policías, dándoles órdenes, la figura corpulenta e imponente del comisario Korpanof. Vestía este un abrigo negro y no llevaba nada sobre la cabeza, dejando que el agua le cayese libremente por el rostro. Seguramente quería dar con aquel detalle ejemplo a sus subordinados.

Primeramente, Korpanof, al que acompañaban un grupo de oficiales, fue examinando la documentación y los rostros de los viajeros; luego, convencido de que entre ellos no se encontraba el hombre que él buscaba, dio orden para que volviesen al tren; después se dirigió hacia los campesinos. Su expresión era más dura que de costumbre, y en sus ojos color de acero parecía concentrarse un odio inmenso, incontenible, que no conocía fronteras.

Toda la policía del país, a su orden, se había puesto en movimiento. Habíanse controlado los aeropuertos, las carreteras, las estaciones, todo, en fin. El propio Korpanof no había perdido un instante desde que comprendió que el investigador americano jamás volvería al hotel, donde él había apostado a su gente.

—Pase lo que pase —advirtió el anciano Kuger—, usted, señor Granger, es sordomudo. ¿Me ha comprendido?

El americano movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo —replicó.

Korpanof había llegado junto a los trabajadores. Un oficial enfocaba su linterna sobre estos, conforme el comisario les miraba.

—¿Y esta gente no lleva otra cosa que este aval para atravesar la frontera? —preguntó a uno de sus subordinados.

—Sí, camarada comisario; pero todos están controlados por el Sindicato Agrícola.

A Korpanof no pareció hacerle gracia la explicación de aquel oficial.

—Un método demasiado malo —comentó malhumorado—. Por lo visto, todavía no hacemos las cosas bastante bien.

A un campesino que estaba cerca del comisario se le ocurrió protestar porque les tenía allí, a pesar del agua que estaba cayendo.

—¡Que nos estamos calando hasta los huesos! ¡A ver si termina esto de una vez!

Ni corto ni perezoso Korpanof le miró de arriba abajo con desprecio, y, acercándose a él, le abofeteó dos o tres veces.

—¡Estúpido! ¿Quién eres tú para hablar de esa manera? —rugió.

El campesino abofeteado no tuvo más remedio que contener su cólera y quedarse allí, clavado en el suelo, como si fuese una

estatua; comprendía que si replicaba sería detenido en el acto. No hacía falta gran intuición para darse cuenta de que estaban ante un mal hombre.

El comisario fue avanzando hasta llegar muy cerca del americano, a quién el corazón le golpeaba salvajemente, amenazando escapársele del pecho. Granger se había puesto al lado de un hombre alto como él para, así, despertar menos sospechas. Junto a él, en la otra parte, estaba el anciano Kuger, y detrás de este, Fritz. Korpanof miró con suma atención al hombre que estaba al lado de William, que era alto y excesivamente delgado. Avanzó hasta él y tiró fuertemente de su barba, como esperando que esta se desprendiera, pero no fue así. El campesino lanzó un alarido de dolor. Granger comprendió que si el comisario hacía lo mismo con él estaba irremisiblemente perdido. Luego, la mirada de Korpanof se clavó en el rostro del investigador. William entornó los párpados, cual deseando ocultar el color de los ojos.

—Sí, sí... tenía tu misma estatura; y era delgado, como tú. A ver, ¿me quieres enseñar tus papeles?

El americano se encogió de hombros e hizo lo posible porque su cara tomase una expresión idiota. Aquello era lo único que podía salvarle.

—¡Hum, hum! —exclamó.

—¿Qué dice este hombre?

El viejo Kuger tomó la palabra, como deseando que el comisario concentrase toda su atención en él. Comprendía que, de no hacerlo así, era muy probable que el jefe soviético descubriese la falsa personalidad de William.

—Es mi hijo, excelencia —dijo—. El pobre tiene la desgracia de ser sordomudo. Mala cosa; mala cosa es tener un hijo casi tonto, excelencia. Y menos mal que, para alivio de mis penas, todavía me sirve para trabajar.

Korpanof miró a Kuger y los papeles que este le enseñaba; luego, de pronto, como si tuviese un presentimiento, dio un fuerte manotazo al gorro que Granger llevaba sobre la cabeza. Pero si esperaba hallarse ante el pelo pajizo del investigador, se llevó un gran chasco.

—¡Hum, hum! —gruñó, grotescamente, William, manifestando así su descontento por lo que aquel hombre acababa de hacerle.

—¡Idiota! —insultó Korpanof, siguiendo la revista.

El agente americano lanzó un suspiro de alivio. Jamás en su vida había experimentado una sensación de aquella índole; nunca había vivido un peligro semejante. Lo que acababa de suceder no podía

ser otra cosa que un milagro. Mentalmente, agradeció la mano oculta de Dios que lo había salvado de las garras de aquella bestia humana.

Se oyó un silbido y los campesinos, contentos de reemprender el viaje, aunque empapados hasta los huesos, subieron a los vagones. Él tren lanzó un agudo y penetrante silbido y, poco a poco, la locomotora se puso en marcha. Momentos después la potente máquina corría sobre los raíles en busca de la frontera austríaca, es decir, de la libertad. De nuevo se oyó en el vagón la música tristona, quejumbrosa, del acordeón. Los campesinos parecían contentos, optimistas, y de nuevo comenzaron a cantar.

*Y mal que le pese a la chica,
me voy al campo a trabajar,
y con el dinero que gane,
con ella me he de casar.*

William miró, agradecido, al anciano Kuger y a su hijo. Nunca les agradecería bastante lo que por él habían hecho, ya que de otra manera le hubiese sido imposible llevar a cabo aquella misión, llena de peligros e inquietudes.

—A ustedes —dijo, algo emocionado, el investigador— les debo que esto haya llegado a buen fin.

—¡Bah, ya todo ha pasado! —comentó Fritz.

—Es cierto. Añora, ya ni el diablo ni el propio Korpanof nos podrá detener.

* * *

El Comisario, acompañado de los oficiales, contempló desde el andén cómo se alejaba el convoy. Cuando este ya solo era un punto rojo en la lejanía dio media vuelta y se dirigió al lugar donde le aguardada su coche. Con aquel tren se iba la última ilusión de capturar al agente americano. Sus enormes zapatos tropezaron, de pronto, con un objeto metálico. Por simple curiosidad miró hacia el suelo, y cuál no sería su sorpresa al ver allí, al lado de su pie, algo que emitía resplandores azules. Se agachó y con mano temblorosa cogió el loro de aluminio del suelo. Aquel fue el primer momento en su vida, en su larga vida de comisario político, en el que su rostro se cubrió de una intensa palidez. Con el bastón que llevaba en la mano dio tan fuerte golpe contra el suelo que este se partió en dos trozos.

—¿Te sucede algo, camarada comisario? —preguntó uno de los oficiales.

—¿Hay algún medio de detener ese tren? —preguntó Korpanof, a su vez.

—No; ninguno, camarada comisario. En estos momentos estará cruzando la frontera.

—Es una verdadera lástima —murmuró entre dientes, ya más tranquilo.

Y ante los ojos atónitos de sus subordinados, Korpanof, uno de los hombres más terribles de Budapest, se dirigió con paso lento, cansino y abatido, hacia su automóvil. Aquella vez había perdido la partida.

F I N

RESOLVIO EL MAS ATROZ ENIGMA DE NUEVA YORK... ¡Y LE SOBRO VALOR PARA ENTREGAR EN CALIDAD DE REHEN A LA MUJER QUE AMABA!



LO SIENTO, QUERIDA

Con estas palabras, lanzó Frankie Farrell sobre la incierta y misteriosa pista dejada por un puñado de asesinos, a quienes un tenebroso y omnímodo poder mantenía en la más odiosa impunidad...

Lo siento, querida

Tal es el título de este apasionante relato, dinámico y estremecedor, desarrollado magistralmente por uno de los más celebrados autores de la moderna literatura policiaca:

DONALD CURTIS

cuya pluma insuperable describe con caracteres de imborrable emoción un alucinante episodio vivido por los más expertos agentes del F.B.I. y por un hombre a quien ellos declararon enemigo... ¡sin sospechar que sólo él podía descubrir el sangriento enigma!

No deje usted de leer esta sensacional novela en la gran

COLECCION SERVICIO SECRETO

que la publicará dentro de siete días

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

378. — W. Catanzaro
A CARA O CRUZ LA VIDA

COLECCION "BUFALO"

75. — Fidel Prado
EL TALUD TRAGICO

COLECCION "PANTERA"

12. — Silver Kane
DILIGENCIA AL INFIERNO

COL. "SERVICIO SECRETO"

242. — Richard Harvey
ZONA PROHIBIDA

COLECCION "LAUREL"

35. — LAS MAS BELLAS POESIAS
MISTICAS

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"

11. — LOS SUEÑOS

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

437. — Vic Martin
EL FIN DE UN VIAJE

COLEC. "MADREPERLA"

333. — Trini de Figueroa
FRENTE A LA VIDA

COLECCION "ROSAURA"

277. — Isabel Irigaray
TE LLEVARE AL ALTAR

COLECCION "AMAPOLA"

163. — Amparo Lara
UN SOLO CAMINO

COLECCION "ALONDRA"

116. — Isabel Salueva
LA GRAN RAZON

COLECCION "CAMELIA"

57. — May Carré
LA VIDA MANDA

COLECCION "ORQUIDEA"

27. — Corín Tellado
MI NOVIO EL AFILADOR

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡UN LIBRO DE UTILIDAD PERMANENTE!

Es el que ha aparecido en el número 4 de la ya famosísima

COLECCION PRACTICA

PINTURA DECORATIVA

Los más prácticos, sencillos y cómodos procedimientos para restaurar o mejorar en cualquier momento el aspecto de su hogar

PINTURA DECORATIVA

un utilísimo e inapreciable auxiliar en todo lo relacionado con pinturas y su aplicación, esmaltes, barnices, mezclas, selección de colores e infinidad de detalles del máximo interés para el aficionado o el profesional

PINTURA DECORATIVA

¡Adquiera este volumen de

COLECCION PRACTICA

por medio de su proveedor habitual o directamente a

EDITORIAL BRUGÜERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER
El DDT

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.

¿Qué sabe usted de la alergia?

Nadie puede verse libre de esta angustiosa enfermedad, si no conoce sus causas y sus graves efectos sobre el organismo. Por eso a usted, amigo lector, le interesa leer este libro excepcional:

¿Puede matar la alergia?

la obra que le brinda, a través de un extenso y documentado análisis práctico de dicha dolencia, los más cómodos y modernos métodos para prevenirla y curarla

¿Puede matar la alergia?

Tal es el título de este volumen indispensable, que publicó en su número 1 la magnífica

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

y que, antes de que se agote, debe usted adquirir de su habitual proveedor, o directamente de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡ATENCIÓN, AMIGO LECTOR!

Esta semana aparece el tercer cuaderno de la nueva
y ya popularísima

COLECCION DAN

SERIE

BISONTE GRAFICO

Llamamos su atención acerca del rotundo éxito alcanzado por esta magnífica serie, que reúne en cada uno de sus sugestivos volúmenes los más emocionantes episodios gráficos del género:

- Una aventura larga completa.
- Un episodio de "El Justiciero Errante".

y la sección de alto valor documental

**A TRAVES DE LA HISTORIA DE
NORTEAMERICA**

¡Un auténtico y jamás visto alarde gráfico, a cargo de los mejores dibujantes del mundo! ¡Cada cuaderno sólo cuesta 1,25 ptas.!

Apresúrese usted a adquirir, esta misma semana

COLECCION DAN

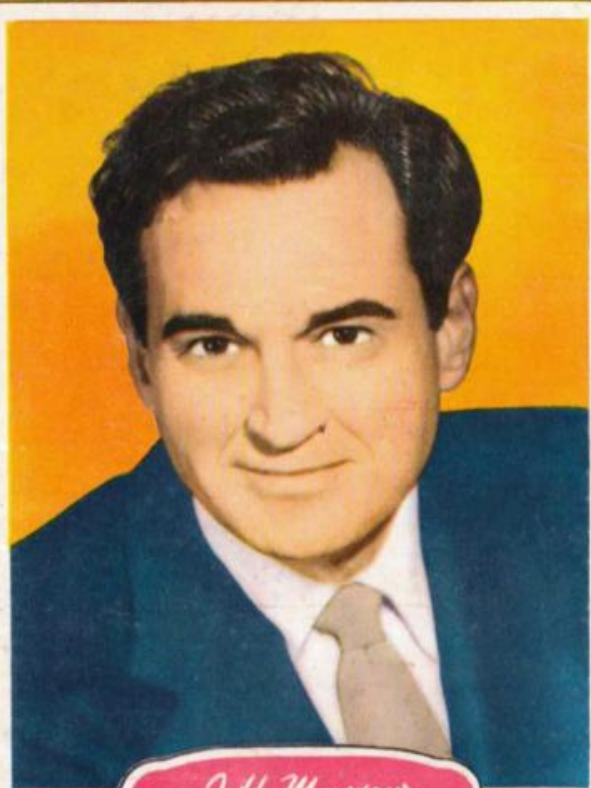
SERIE

BISONTE GRAFICO

y, en evitación de que se agote, mande reservar ya su ejemplar a su habitual proveedor, o directamente a

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 **BARCELONA**

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Jeff Morrow

N.º 25 El sangriento MacKraken de "Tanganica" es una nueva revelación de los Estudios de Hollywood, en los que ha interpretado últimamente "Atila, rey de los Hunos", en CinemaScope.

Foto UNIVERSAL INTERNACIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5'50 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

Notas

[←1]

En español: camarada.

[←2]

En español: yo amo.